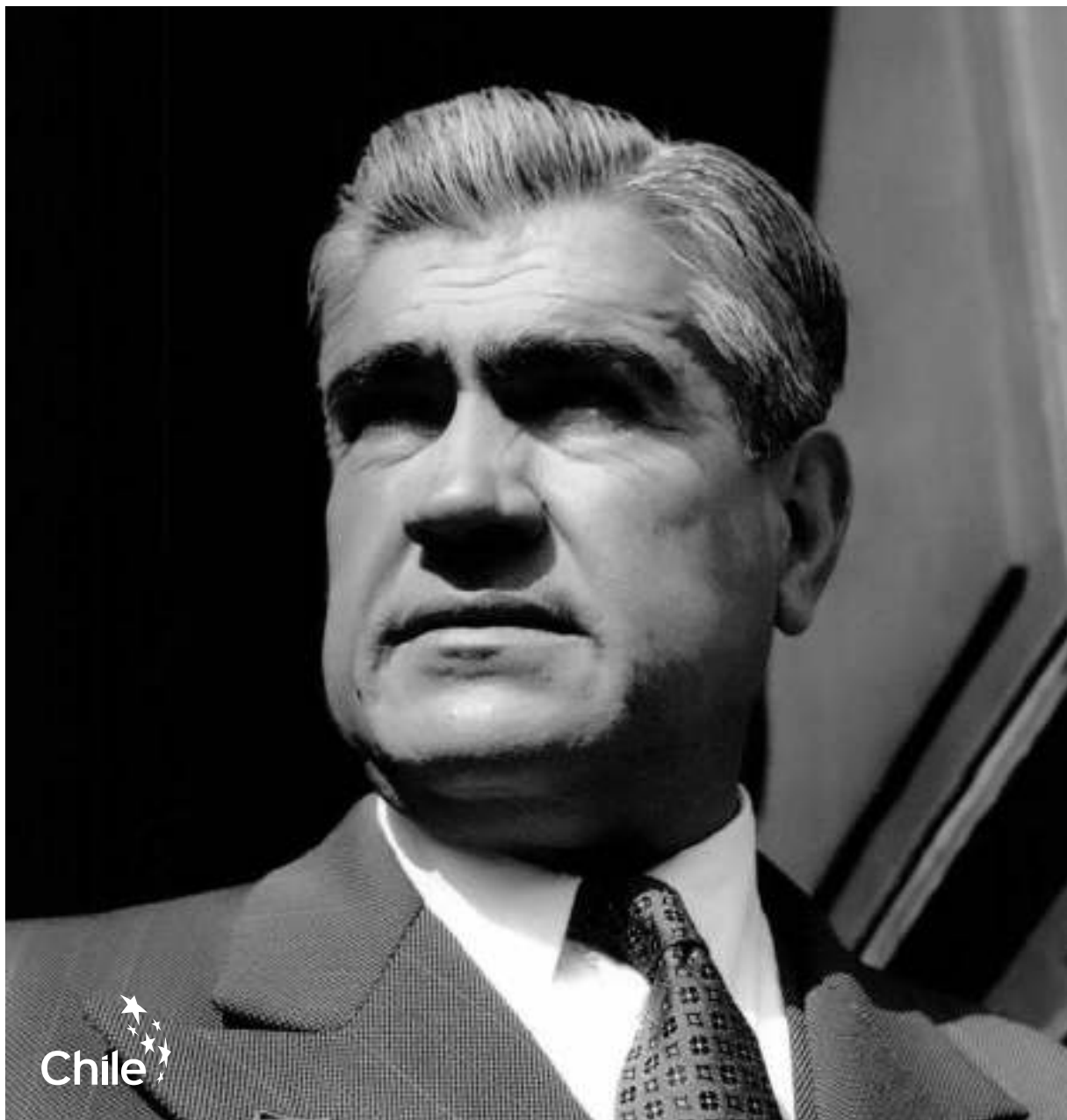


MANUEL ROJAS

UNA OSCURA Y RADIANTE VIDA

Exposición itinerante
Argentina 2016 - 2017



Chile 



- 005 PATRICIO POWELL OSORIO**
Embajador, Director de Asuntos Culturales
del Ministerio de Relaciones
Exteriores de Chile
- 006 JORGE GUERRA CARREÑO**
Presidente de la Fundación Manuel Rojas
- 008 MANUEL ROJAS**
César Aira, *Diccionario
de autores latinoamericanos*
- 011 NACIONALIDAD**
Clarín de Santiago de Chile,
11 de enero de 1972
- 019 BOEDO - CHILE: IDA Y VUELTA**
Celia Zaragoza. *La Nación* de Buenos
Aires, domingo 18 de septiembre de 1960
- 027 INFANCIA EN EL BARRIO
DE LAS RANAS**
La Opinión de Buenos Aires,
19 de diciembre de 1971
- 047 RECUERDOS DE ROSARIO**
*(Imágenes de infancia y adolescencia,
fragmento)*
- 051 UN ESCRITOR DE AQUÍ Y DE ALLÁ**
Jorge Guerra Carreño
- 063 LAGUNA ATRAVESÓ OTRA VEZ LA
CORDILLERA**
Carlos Droguett, Buenos Aires,
26 de enero de 1971
- 074 CRONOGRAFÍA**
- 090 CRÉDITOS Y AGRADECIMIENTOS**

PATRICIO POWELL OSORIO

Embajador, Director de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

Para la Dirección de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores constituye un gran orgullo presentar, junto con la Fundación Manuel Rojas, la exhibición itinerante MANUEL ROJAS. Una oscura y radiante vida, que trae a la memoria del público general la importante conexión trasandina –en la vida tanto como en la obra– del narrador chileno más relevante del siglo veinte.

La muestra, que estará disponible sucesivamente en las ciudades argentinas más enlazadas con la experiencia vital del escritor, celebra los ciento veinte años del nacimiento de Manuel Rojas (precisamente en Buenos Aires, en enero de 1896), e incluye material gráfico poco conocido, textos y valiosos documentos que ayudan a delinear la biografía de un artista de origen obrero cuya narrativa vive hoy una revalorización entre las nuevas generaciones.

Manuel Rojas no solo nació en Argentina sino que vivió gran parte de su infancia y juventud en Buenos Aires, Rosario y Mendoza, como se verá en los textos escogidos para este volumen, que resaltan la importancia de esos recuerdos en la obra literaria de Rojas. En efecto, en sus cuentos y novelas, particularmente en la tetralogía protagonizada por Aniceto Hevia (*Hijo de ladrón*, *Mejor que el vino*, *Sombras contra el muro* y *La oscura vida radiante*), no son escasas las referencias a personajes y a escenarios urbanos y cordilleranos de su segunda patria. Otro ejemplo de ese vínculo histórico es el hecho de que *La oscura vida radiante*, su última novela, se haya publicado por primera vez en Buenos Aires, en 1971. Por todo ello no dudo del interés binacional por una figura mayor de la cultura de Chile, que acoge a Argentina en su obra como pocos lo han hecho en el pasado reciente.

Agradezco al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, a la Biblioteca Nacional de Chile, a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, y muy especialmente a la Sucesión Manuel Rojas Sepúlveda, por hacer posible esta magnífica exhibición itinerante.

DE REGRESO

Ciento veinte años después de su nacimiento Manuel Rojas camina nuevamente por tierra argentina. El escritor obrero, que naciera en Buenos Aires por la circunstancial residencia de sus padres chilenos emigrantes, viene acompañado de más de una veintena de momentos de su vida y obra en una exposición, la más completa y amplia que se ha hecho de este autor.

Es fácil y, a la vez, difícil contar su trayectoria humana y literaria. Fácil porque buena parte de su biografía está en sus libros, sin embargo su variada y movida existencia dificulta la elección de aquellos episodios más relevantes. Finalmente nos hemos dejado llevar por los momentos en que el currículum de hombre se fusiona con el de escritor, caracterizando la impronta autobiográfica que contiene parte importante de su producción literaria.

Están aquí sus «años argentinos» de infancia y juventud. El incesante nomadismo por barrios populares de Buenos Aires, de la mano de su padre por el puerto de Rosario, la vendimia mendocina, el duro trabajo de peón ferrocarrilero en la alta cordillera andina, a un paso de Chile. Buscando nuevos derroteros se alejó del Grupo Boedo, no lo retuvieron sus primeros premios bonaerenses bajo el alero del periódico *La Montaña* o de la más que centenaria *Caras y Caretas*, alientos decisivos para seguir el camino de la narración. Trabajó incesantemente como linotipista en las imprentas de Callao y alguna vez tuvo la intención de inscribirse en la Sociedad Argentina de Escritores, hasta refugiarse en San Telmo para terminar su única novela «distinta», alejada del relato autobiográfico. Se encontró una vez y para siempre con Enrique Espinoza, el otro nombre de Samuel Glusberg, editor de *Babel* en versión chilena y argentina. Ya por los años treinta Horacio Quiroga alabó sus cuentos y, más recientemente, Ricardo Piglia reconoce su condición de hacedor de cultura y César Aira destaca sus personajes desprovistos de todo, universalizando, como ninguno, la chilenidad.

Pero un anarquista como Manuel Rojas no cree en la nacionalidad como territorio y frontera excluyente. Prefiere universalizar sus temas y personajes a partir de su raigambre chilena - argentina. Él mismo lo ha dicho: «... tuve la suerte de entrar en la literatura chilena después de conocer mucho de Argentina y Chile...». Por eso esta exposición nos invita a reconocernos en su vida y obra, a valorar la profunda humanidad que encontramos en sus páginas y a encontrar los rasgos comunes entre ambos países que nos hermanan con el resto de Latinoamérica.

Agradecemos profundamente el apoyo de la Dirección de Asuntos Culturales (Dirac) del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, al Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile y a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile. Vaya nuestra gratitud también a todos los que han trabajado en el diseño de la exposición, en la investigación y selección de textos e imágenes, en la construcción de su soporte y, en forma muy especial, a la Sucesión Manuel Rojas por su permanente confianza y generosidad.

MANUEL ROJAS

Nació en Buenos Aires en 1896, de padres chilenos, lo que le dio jurídicamente esta última nacionalidad. Pasó a Chile en su adolescencia, dedicado a trabajos humildes; no había terminado la escuela primaria y fue peón de ferrocarril en la cordillera, cargador de lanchas en Valparaíso, guardián nocturno, tipógrafo. Empezó su carrera literaria como poeta y colaborador de revistas anarquistas de Buenos Aires. Después escribió cuentos, y los recopiló por primera vez en *Hombres del sur*, en 1926. Su segundo libro, también de cuentos, fue *El delincuente* (1929); en *Travesía* (1934) reunió sus últimos cuentos, género que abandonó por la novela. Después publicó numerosas antologías donde reordenó sus relatos y agregó unos pocos nuevos; por ejemplo *Antología de cuentos* (1957), *El vaso de leche y sus mejores cuentos* (1959), *El hombre de la rosa* (1963). Rojas es un narrador de zoco, sin más intereses que los del relato, que se desenvuelve con límpida gracia primitiva, oral. Como lo dice él mismo en el prólogo que escribió para sus *Cuentos completos*, casi todos son sucedidos reales, o historias que le contó su madre o que oyó de algún amigo o conocido; de algunos, muy pocos, dice que son «pura invención», por ejemplo del hermoso «Pedro el pequenero», un *Bajo el volcán* chileno y popular, del que cualquier lector podría jurar que es un viejo relato folclórico, salvo que no lo es; pero el talento de Rojas coincide con el del pueblo narrador de historias y en pocos casos esa coincidencia ha resultado en tan pleno triunfo literario. No todos sus cuentos son excelentes; su aceptación casi indiferente de temas y argumentos lo lleva a dar forma literaria a anécdotas triviales o chistes de discutible humor. Cuando acierta, lo hace inolvidablemente, como en el caso de «El bonete maulino», «Un rancho en la montaña», «El delincuente» o el muy famoso «El vaso de leche» (este último a pesar de cierto sentimentalismo al que Rojas suele rendirse). Como novelista se inició con *Lanchas en la bahía*, de 1932, que es corta. De 1938 es la primera extensa, *La ciudad de los Césares*. En 1951 publicó *Hijo de ladrón*, considerada unánimemente su mejor novela y uno de los jalones en la historia del género. Le siguieron *Mejor que el vino* (1958), *Punta de rieles* (1961), *Sombras contra el muro* (1964) y = (1971).

El protagonista de sus novelas es Aniceto Hevia, el «hijo de ladrón», álder ego del autor y encarnación del mito anarquista del hombre angélico, el hombre desprovisto de todo, que renueva su desnudez en cada avatar de su vida: sobre él pesa una suerte de maldición (transfigurada por el arte en bendición), la de ser hijo de ladrón. Este hombre que por ser sólo hombre lo es de manera ejemplar y conmovedora (y en el ejemplo moral y la emoción están las claves del arte de Manuel Rojas) descubre Chile, país al que llega en su azarosa peregrinación adolescente. Y al descubrirlo lo diluye como nación, lo vuelve el mundo entero contaminándolo de su simplicidad de hombre sin atributos, o más exactamente, y ahí está la peculiaridad más notable de Rojas, de hombre pobre sin atributos, incluidos los atributos del marxismo (no es un buen obrero, ni mucho menos). Paradójicamente, esta visión universalizada de Chile es la más evocadora que haya dado la literatura de este país. Aniceto Hevia «sólo puede ver y hacer lo inmediato, lo que puede hacer, que no es mucho cuando no se tiene dinero, familia, hogar, educación o preparación ni un talento especial cualquiera. Además, los hechos se presentan de tal modo que no le permiten elegir; de un lado hay algo, lo mínimo, del otro no hay nada» (*La oscura vida radiante*). El triunfo de Manuel Rojas es que de este minimalismo surge su escritura (como en el caso de Samuel Beckett, al que tanto se parece), su técnica novelesca que conjuga no sin milagro pobreza y riqueza máximas, lo que con un verso de Martí llamó «la oscura vida radiante».

Una multitud habita sus novelas; aparecen personajes nuevos a cada página, y así como aparecen desaparecen. Lo que sería un defecto en otro novelista es funcional en él, la mejor expresión de su filosofía en la que los hombres se equivalen sin dejar de ser únicos, los destinos son fugaces y sin importancia, parpadeantes como astros, y la biografía, género burgués y decimonónico, se disuelve en un arte de la vida y la pobreza.



1897, Manuel Rojas en Buenos Aires, a la edad de un año.

NACIONALIDAD

Clarín de Santiago de Chile, 11 de enero de 1972

• 11 •

Mientras duermo, una voz que me parece imperiosa me dice:

–¡Oye! Están hablando de ti en Radio Balmaceda.

Es mi hija la que habla. Un hijo suyo, pequeño, está enfermo, y ella lleva tres o cuatro noches durmiendo a saltos. Hablan de mí en Radio Balmaceda. ¿Qué dirán? Tengo sueño: el día se me ha ido caminando por el centro de la ciudad, en busca de esto, llevando estotro, cobrando aquéllo y pagando lo de más allá: un pijama para el niño enfermo y un dividendo en una Asociación, enviando los discursos y escritos de Luis Emilio Recabarren a una amiga norteamericana que me los pide. ¿Qué dirán en Radio Balmaceda? No sé dónde está el radio o la radio que compré en el Hotel Pekín de Moscú, son cerca de las doce de la noche y es posible que ya hayan terminado de hablar de mí. Sigo durmiendo y al día siguiente pregunto a mi hija por lo que decían en esa radio.

–No sé lo que decían: llamó Cecilia y dijo «Díganle a don Manuel que en Radio Balmaceda hay un boche regrande: se preguntan si él es chileno o argentino».

¿Es chileno, es argentino? Bueno, nació en Buenos Aires, eso es un hecho, no eligió nacer ahí ni nadie le preguntó por su procedencia y durante muchos años se consideró argentino, pues no tenía una alternativa: vivió gran parte de su infancia y de



Casa natal de Manuel Rojas en la calle Combate de los Pozos n° 1678, barrio Parque Patricios, Buenos Aires.





*Viajeros en la cordillera,
paso Las Cuevas, Argentina, 1900
(Archivo General de la Nación, Argentina).*

su adolescencia en Argentina, estudió en esa tierra; vino a Chile a los cuatro y regresó a la Argentina a los seis, vivió allí hasta los dieciséis y a esa edad regresó a Chile, en 1912; a los diecisiete el poeta mártir José Domingo Gómez Rojas le dedicó, en su libro *Rebeldías líricas*, un poema en que lo trató de «bohemio argentino»; volvió a la Argentina nueve años después y vivió allí durante tres o cuatro años, volvió a Chile, en donde estaba su madre, y no volvió a la Argentina en los treinta y cuatro años siguientes; se enamoró de una chilena, se casó y tuvo tres hijos chilenos.



Él seguía sin tener documentos de ninguna especie y no era, legalmente, ni chileno ni argentino. Pero un día se dijo que si estaba casado con chilena, tenía hijos chilenos y vivía en Chile desde hacía tantos años, y sus padres fueron además chilenos –la madre ya había muerto, el padre murió cuando él era niño–, bien podría ser él chileno. Ignorante de leyes y de muchas cosas más, habló con un abogado amigo y éste le dijo: «Si eres hijo de chilenos y vives en Chile, eres chileno por el simple hecho de vivir aquí. Yo te diré qué es lo que hay que hacer». Pero no se lo dijo y él empezó a desesperarse



1958, Manuel Rojas frente a la casa de inquilinato de su infancia en la calle Colombres del barrio de Boedo, en Buenos Aires.

y fue a la Embajada de la República Argentina y dijo que quería dejar de ser argentino y ser chileno y un empleado le dijo, con gran énfasis: «La nacionalidad argentina nunca se deja». Salió llorando de la Embajada. Había publicado ya dos libros en Chile y era considerado un escritor chileno, se había sacado el Premio Marcial Martínez y el Premio Atenea, premios para escritores chilenos, y no tenía papeles de nada, ni de chileno ni de argentino. «Sos un atorrante», le habría dicho cualquier argentino. Pero se encontró con un amigo que no era abogado y éste le dijo: «Pero, hombre, si es muy sencillo: anda al Registro Civil con un certificado que diga que tus padres o uno de tus padres era chileno y te reconocen inmediatamente la nacionalidad». Durante meses buscó en los libros que se guardan en el sagrario la hoja que correspondía a su madre oriunda



1908, Puerto de Rosario (Archivo General de la Nación, Argentina).

de Talca y no encontró nada, pues buscaba en años equivocados: su madre era más vieja de lo que él pensaba, era hijo de una mujer de más de treinta años. ¿Qué hago, mecachis? Recordó que su padre había muerto en el Hospital San Vicente. Allí debía haber alguna constancia. La había y se la dieron: Manuel Rojas Córdoba, chileno, murió tal día y a tal hora. Fue corriendo al Registro Civil y el secretario lo declaró, ipso facto, chileno. En la primera cédula de identidad que le dieron, se anotaba un artículo y libro que explicaban por qué él, nacido en Buenos Aires, era chileno. En la segunda cédula que sacó, ya no decía nada: el empleado estaba flojo o pensó ¿para qué?, éste es más chileno que el natre. Y eso es todo.

Para los argentinos es el escritor chileno nacido en Buenos Aires. Pero en su última novela publicada en Buenos Aires se dice en la contraportada: «Manuel Rojas, de padres argentinos...», etc. Le pregunté a Francisco Porrúa, el asesor de Sudamericana, por qué habían puesto eso, me dijo: «Es un error del que escribí la nota. Hay que arreglar eso». Es decir se arreglará en la segunda edición, si la hay. En la página 68 de esa novela, el personaje, Aniceto Hevia, que es en un



1910, Trabajadores de una vendimia en Mendoza (fotografía de A. Streich).

alto porcentaje Manuel Rojas, piensa, mientras se va: «Adiós. ¿Volverá a Santiago? Sí, sin duda volverá. Es la tierra de su madre, o era la tierra de su madre, ya que ella murió. Por aquí anduvo su padre, por las calles estrechas y pavimentadas con guijarros o con pura tierra en aquellos años, esas calles que miran hacia las montañas grandes o hacia las montañas chicas, montañas por todas partes, y de aquí se la llevó. Volverá a ella, tal vez para siempre, siempre volverá a ella, una y otra vez, y andará solo por las calles estrechas mirando hacia las montañas, porque tal vez la sangre, mientras esté viva, vuelve al lugar de donde partió: sólo la muerte la detiene en alguna parte. Párate...».

Cuando desde Europa llego a Buenos Aires y entrego el pasaporte al hombre de la policía, éste me mira y dice: «Usted nació en Buenos Aires y tiene pasaporte chileno. ¿Qué pasa?». Y tengo que contarle toda esta historia. Pero eso me pasaba hace años. Ahora no, saben que soy escritor chileno, nacido en Buenos Aires. Por lo menos los argentinos lo saben. Algunos chilenos no lo saben todavía.



Paso La Cumbre de la cordillera de los Andes (Archivo Nacional de Chile).

Estación Uspallata del Ferrocarril Trasandino (Archivo General de la Nación, Argentina).



BOEDO - CHILE: IDA Y VUELTA

Celia Zaragoza. *La Nación* de Buenos Aires, domingo 18 de septiembre de 1960

• 19 •

Manuel Rojas está en Buenos Aires. Nació aquí y de aquí partió, siendo muy niño, de la mano de su madre, chilena. En Chile se afincó, formó su hogar y escribió libros que le ganaron, junto con el Premio Nacional de Literatura (1957), la fascinación de lectores que suponían haberse liberado del asombro. Admiraron la originalidad de la técnica, la precisión del lenguaje y el intimismo de las historias, en las que parece duplicada la potencia de cada sentido y de cada sentimiento, tal su poder para observar, asimilar y comunicar trozos de vida.

Como para saldar una deuda que no existe, Manuel Rojas está escribiendo, en la buhardilla de un suburbio porteño, una novela en la que esta vez aparece sólo Chile.¹ En las anteriores –*Lanchas en la bahía*, *Hijo de ladrón*, *Mejor que el vino*– está presente, de un modo u otro, su ciudad natal, y nosotros en ella, enamorados distantes, algunos, de sus casas de Boedo y del barrio Sur; más afortunados, otros, viviendo en ellas.

Recorrimos fielmente por ello el itinerario infantil del novelista, valiéndonos para ello de los textos de *Imágenes de infancia*, que Manuel Rojas publicara hace años. Pero el Manuel Rojas de 1960 –un hombre parecido a sus libros, lleno de humor, de sencillez,

1 Se refiere a *Punta de rieles*, que Rojas terminaba de escribir en un hotel de la calle Perú del barrio San Telmo.

Ideas y Figuras



POÉTICAS

— POR —
MANUEL ROJAS

de bondad y repentinamente de silencio, como si se obstinara en reprochar a la vida la fuerza con que lo ha dotado—, tuvo, naturalmente, algo que agregar.

Y fuimos todo oídos antes de que su idiosincrasia errante nos lo arrebate otra vez.



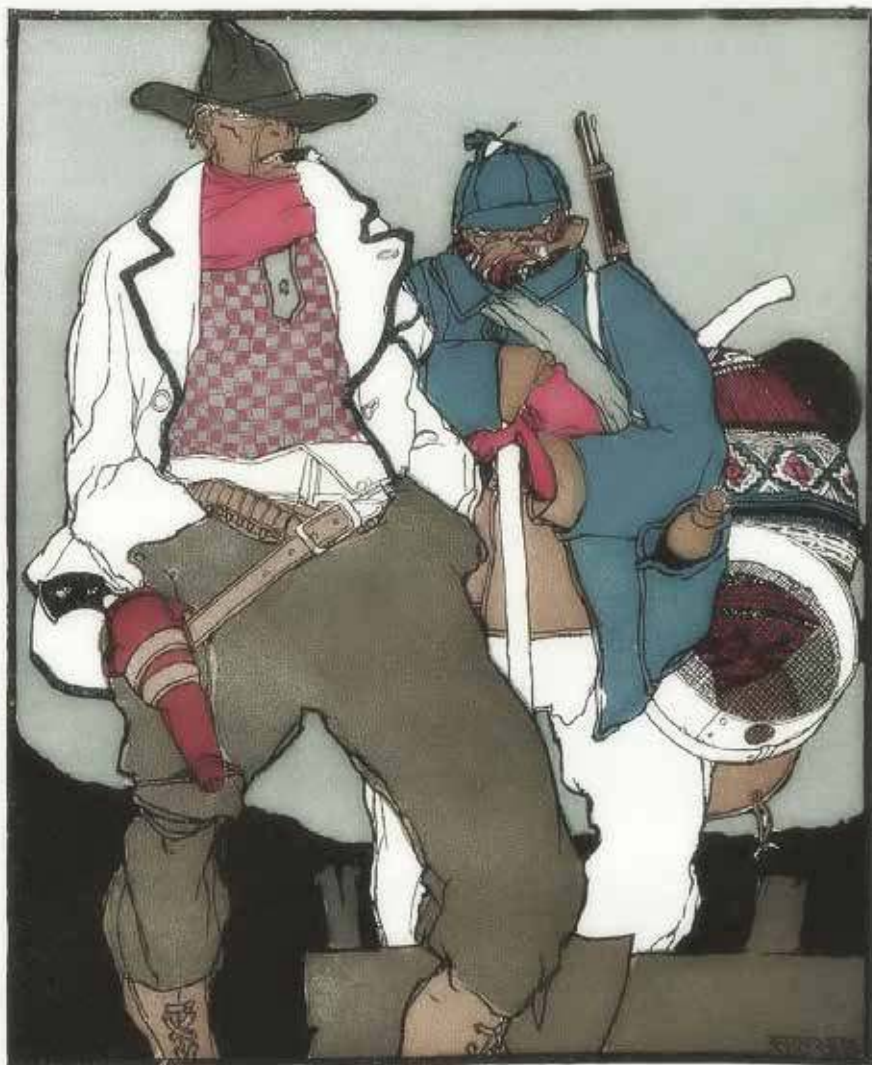
«Nací en Buenos Aires, en una casa situada en la calle Maza, entre las de Estados Unidos e Independencia, barrio Boedo. Ignoro en qué acera estaba situada, cómo era y quiénes, además de mis padres y de una pareja de italianos que me sirvieron de padrinos, vivían allí. No tengo más que una fecha y una dirección, demasiado segura la primera, insegura la última. Es poco; no hay más y podría haber menos.»

Es un error, el certificado de nacimiento dice que nací en la calle Pozos 1678 [hoy es la calle Combate de los Pozos]. Y aquí está la casa. Apareció muy limpia, como esperándome, con sus cornisas típicas y su arbolito. Por fuera es como me gustan las casas, silenciosa. Está en la acera poniente, dando cara a un cuartel con facha de fortín. No se le ve intimidada por ello; al contrario: el intimidado parece el cuartel. Tiene dos patios y es, en su conjunto, una característica casa porteña de principios de siglo.

No hay adentro nada que me sea familiar, nada que me signifique un recuerdo. Aquí está el segundo patio que muestra muy lindas baldosas. No están ya ni mi padre ni mi madre y tampoco los italianos que me sirvieron de padrinos. A todos se los ha llevado el tiempo. Pero hay una muchacha, una preciosa muchacha, vive allí y parece esperar, detrás de una reja, a alguien. Ese alguien no soy yo ni sé quién será. Mientras ella esté allí podremos estar tranquilos. Por lo menos yo lo estaré.

«Boedo, en esos tiempos, era un barrio apacible. No existían teatros, los tranvías eran escasos y los cines y los automóviles no aparecían aún...» Ya la calle no es de los chicos. Es de los automóviles, de los camiones, de los colectivos. Y una hilera de muchachitos cantando en sus aceras haría hoy el efecto que en aquellos años habría hecho una motocicleta corriendo con un escape abierto. Pero siempre hay niños, no puede dejar de haberlos. Jugarán otros juegos, cantarán otras canciones, pero están. Estos que aceptaron ser retratados con unas bolitas y unos bolones, que me costó mucho encontrar, los representan. Nosotros estamos detrás del fotógrafo, vigilando los automóviles y deteniendo a un colectivo, cuyo chofer no comprende lo que hacemos. Es muy simple: retratamos a unos chicos, chicos de Boedo, de seguro descendientes de otros chicos de Boedo.

El vagabundo ha vuelto a Boedo, pisa sus duras piedras. Son los mismos adoquines de antes, pero ahora están como descontentos, coléricos, podríamos decir; están lustrosos y en algunas partes se amontonan o se amotinan. Son los adoquines de los barrios del Sur, abandonados, barrios y adoquines. ¿Hasta cuándo estaremos aquí?, parecen decir. Han llegado el asfalto y el cemento y ellos permanecen. Algunos viejos vuelven y los miran, pero ellos no recuerdan, no recuerdan nada. «Estuvimos aquí», dicen los pies. «Estuve aquí y sufrí», dice el hombre. «Nosotros todavía estamos. ¿Por qué te fuiste?» «La vida me llevó.» «¡Qué suerte la tuya!» «¿Quién sabe si fue suerte?» «Cuidado, viene un camión.» «Adiós.» «Ojalá vuelvas otra vez.» «¿Estarán siempre aquí?» «Sí. Es muy posible que estemos aquí hasta mucho tiempo después de que tú mueras.»



CUANDO Pedro el francés, minero, mostró a los ojos maravillados de los demás cateadores la primera pepita de oro, encontrada en su escondido lavadero, la noticia de este hallazgo corrió como un estremecimiento por los pequeñas pueblos del extremo austral de América del Sur.

Todos los buscadores, desde el austriaco, fornido y rubio, hasta el sudamericano — chileno o argentino, — bajo y moreno, abandonaron sus cuecos del centro de Argentina y Chile, metieron las herramientas en

LEYENDAS DE LA PATAGONIA EL HOMBRE DE LOS OJOS AZULES

Esta novela corta que mereció el ser premio de \$ 500 y medalla de oro en el Gran Concurso Literario de CARAS y CARETAS, es una hermosa y sencilla narración, llena de interés y de ambiente, por la que desfilan, trazadas con gran colorido literario, tipos argentinos y extranjeros encerrados en una trama perfectamente desenvuelta.

sus bólas; y un día en Río Gallegos, Deseado, Ushuaia, Punta Arenas y otros puntos situados sobre el Estrecho de Magallanes o cercanos a él, desembarcaron hombres extraños, de sombreros anchos, de espaldas más anchas aún, y que hablaban lenguas distintas al preguntar la misma cosa:

— ¿Dónde hay oro?

Y fué buscado con ahinco, con fiebre, hasta que apareció. A la primera pepita siguieron muchas otras. Y como sucede siempre, la leyenda, con sus alas

«Nos fuimos a vivir a la calle Colombres, entre las de Independencia y Estados Unidos. Es en esa cuadra donde está mi verdadera infancia: en sus aceras, en su calzada, en sus dos esquinas con Independencia, que conocí como a madre y que guardo en mi cerebro como un negativo que se puede revelar en cualquier momento. La casa estaba situada en la acera poniente. No recuerdo el número; recuerdo sí que de la esquina hasta la puerta había casi exactamente 40 pasos, distancia que llegué a recorrer con los ojos cerrados, embocando la puerta, también con los ojos cerrados, sin vacilación. Ese automatismo era tan preciso que aún existe y seguro estoy de que colocado en la esquina de Independencia hoy haría lo mismo. La casa existe, existía por lo menos en 1924, año en que la vi por última vez y en que realicé el experimento con los mismos resultados de 18 años antes.» Hoy, en 1960, no podría hacer lo mismo. La acera está llena como de trampas para leones, y la puerta de la casa que lleva el número 727 está cerrada para siempre. Inútilmente llamo, sólo para dar gusto a Celia Zaragoza, con un llamador que no existe. Un niño escribió con una tiza unas cabalísticas zetas y la palabra Peligro. Debí haber escrito Silencio («The rest is silence»). La casa está en ruinas. Se ha caído el frontispicio, los muros se caen ante nuestra vista y no hay ninguna muchacha. Hay sólo un español, que cuida la casa, pequeño como un duende, que me asegura que lo que vivió aquí ya no vive. Bueno. Una vecina nos dice que en la casa de al lado vivió Quinquela Martín. También está en ruinas. Vámonos. No todo tiene igual persistencia, ni los seres ni las cosas.

HOMBRES DEL SUR

CUENTOS DE

MANUEL ROJAS

Editorial Nascimento

MANUEL ROJAS. Infancia en el Barrio de las Ranas

La Opinión de Buenos Aires, 19 de diciembre de 1971

• 27 •

Acaba de cumplir 76 años. Posee una memoria prodigiosa: recuerda su infancia y su juventud como si hubieran transcurrido ayer. Muchos piensan que es chileno, pero nació en Buenos Aires, donde pasó su infancia y buena parte de su juventud. En esta capital, Manuel Rojas escribió sus primeros cuentos, y con ellos ganó dos importantes concursos: el del diario *La Montaña* y el de *Caras y Caretas*. La semana pasada estuvo en la ciudad de su infancia. Vino invitado por la editorial Sudamericana para el lanzamiento de *La oscura vida radiante* que, junto con *Sombras contra el muro* y *Mejor que el vino*, continúa las aventuras de Aniceto Hevia, el protagonista de *Hijo de ladrón*, novela con la cual Rojas ganó un primer puesto en la literatura latinoamericana por la hondura casi gorkiana con que revela el mundo de sus criaturas.

La mayoría de los personajes de Rojas son simbióticos. Surgen de la realidad que conoció y se mezclan con sus propias experiencias. Por esta razón, sus libros tienen, además de un valor literario, un gran valor documental: representan la historia de Chile en el periodo en que dieron comienzo las luchas del proletariado trasandino.

Para evocar sus recuerdos de infancia y juventud, Manuel Rojas aceptó conversar con Julio Ardiles Gray, redactor de *La Opinión*, frente a un grabador. Esta es su historia.

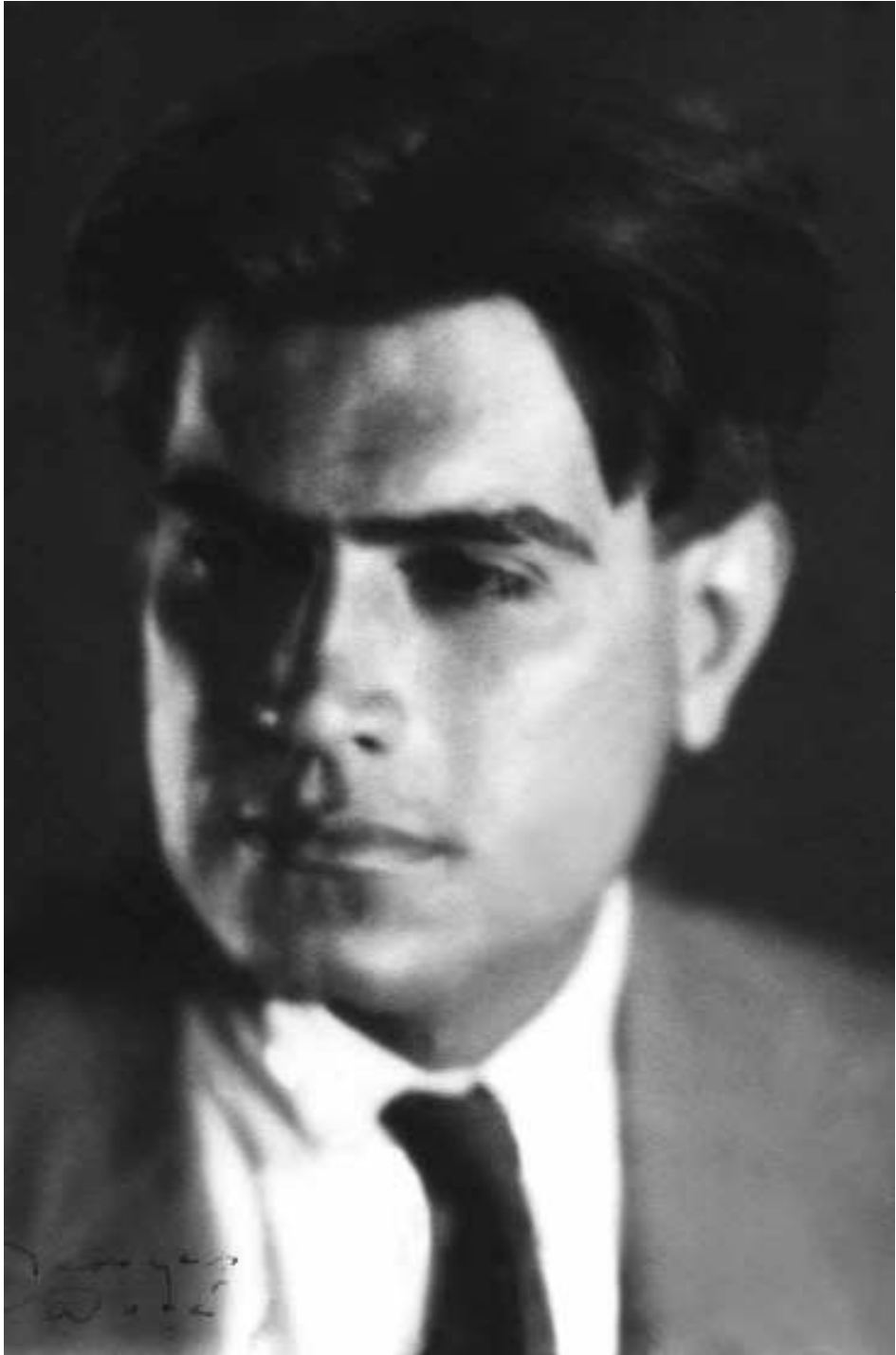


«Los barrios del sur son barrios especiales. Permanecen como eran hace ochenta años. Si uno va a Boedo, a la avenida Independencia, todas las calles continúan siendo las mismas. Algunas calles de Buenos Aires tienen sus adoquines tan gastados como si durante ochenta años alguien, en secreto, las hubiera estado sobando.

Porque yo nací y me hice mozo en Buenos Aires. La casa donde nací quedaba en la calle Pozos al 1700 o al 1800. Existe todavía y la he vuelto a ver hace algunos años. No ocurrió lo mismo con otra casa de la calle Colombres, donde también viví; ya estaba destruida. Mi casa natal era más vieja y sin embargo duró mucho más que la otra, que parecía más nueva.

En la casa de la calle Pozos debí haber vivido hasta los tres o cuatro años. Después, mis padres, que eran chilenos, decidieron volverse a su tierra. Claro, me llevaron. Allá estuve más de dos años –no recuerdo exactamente porque en ese tiempo aún no tomaba nota de nada–. Al cabo de ese tiempo, murió mi padre.

Mi padre era un hombre al que le gustaba lo que los chilenos llaman el trago corto: el aguardiente, el coñac. Y eso, con el tiempo, a uno le cuece los riñones si es que además no le cuece el hígado y otras cosas.



1926, Retrato de Manuel Rojas por Georges Sauré.



1929, Dorotea Sepúlveda González, madre del escritor.

El médico le dijo:

–Mire, don Manuel (porque se llamaba Manuel, también), no beba. Prefiera beber leche. Eso le hará bien a los riñones.

Mi padre, que era hombre porfiado, dijo:

–Prefiero morir antes de parecer ternero.

Y se murió.

Un día lo fuimos a ver con mi madre. Era una mañana. Lo encontramos cuando lo sacaban en una camilla. Ya estaba muerto.

Mi madre, que tenía mucha fe en la educación argentina, decidió liquidar un negocio que había puesto allá en Santiago. Y me vine con ella a Buenos Aires.

En ese tiempo no había trasandino. El viaje se hacía en mulas y en coches. Cuando llegamos a Buenos Aires, me metieron en un colegio que estaba en la calle Rincón. Conservo una fotografía de ese colegio y del curso al que asistí. Tendría unos seis o siete años.

Mi madre trabajaba como comerciante libre: compraba cosas, vendía cosas. No tenía mucho capital, así que a veces le faltaba y pasábamos pobreza.

En la calle Colombres transcurre toda mi infancia, desde los 8 hasta los 10 años.

Es la época en la que uno hace amistades y empieza a conocer el mundo. En la calle Colombres fui a otro colegio que todavía existe, pero que ha cambiado de nombre. Y no es el colegio al que fui: ahora es un colegio para mujeres. En ese tiempo era para hombres. Allí tuve como profesor a don Félix Mieli. Con el tiempo llegó a ser un patriarca radical. Ya debe haber muerto.

En ese tiempo la vida era muy sencilla y muy tranquila. No había subterráneos. Sólo tranvías. La avenida Independencia, por ejemplo, era una calle enorme donde nosotros, los muchachos, vivíamos dichosos, jugando a toda clase de juegos. Me acuerdo de esas aceras pavimentadas con unas piedras lajas enormes. No había baldosas –las baldosas en ese tiempo se importaban–. Las lajas eran de aquí, las traían de la provincia de Buenos Aires.

Yo vi a los primeros bailarines de tango. En ese tiempo, en los barrios, habían organillos montados en unas carretelas tiradas por caballitos. Los organitos ya habían registrado los tangos de esa época. Cada vez que se paraba el organillero y hacía girar la manivela, aparecían unos tipos que se ponían a bailar haciendo toda clase de macanas y firuletes de los compadritos. Bailaban entre hombres, porque las mujeres decentes encontraban que esos movimientos eran exagerados. Siempre era gente del pueblo.



1929, Manuel Rojas y su hija María Eugenia, «Genia».

Me acuerdo cuando se abrió el alcantarillado de la avenida Independencia: con los muchachos nos metíamos en los pozos y recorríamos los subterráneos, los túneles, las zanjas, y salíamos por otras calles. Las madres y los padres nos perseguían de zanja en zanja y de túnel en túnel. Era muy gracioso.

Ya comenzaban a llegar italianos y gallegos que vivían por ahí, en los conventillos, muy pobres. Salían a vender cosas. Mi madre me contaba que un día vio a un italiano recién llegado con una canastita que gritaba: «¡Cipolla! ¡Cipolla!». Y lloraba porque nadie le hacía caso. Nadie le entendía qué quería decir cipolla. Y era cebolla.

Sin embargo, si uno vuelve por allí, la sensación es la misma. Yo he vuelto a la calle Colombres hace diez años. Fui a ver la casa en que había vivido con mi madre. Estaba igual. Esa parte de Buenos Aires, el sur, se ha detenido, ha logrado detener el tiempo. Casi no hay nuevas edificaciones o las hay muy aisladas. El sur no tiene la fiebre de construcciones que tiene el norte de la ciudad.

En mis tiempos de pibe, al sur de la avenida Independencia había unos terrenitos altos, preciosos que le llamaban los «campitos». Los muchachos íbamos a jugar a la pelota, a correr, simplemente. Eso sí ha desaparecido.

De la calle Colombres, con mi madre nos fuimos a vivir a Caballito, cuando Caballito era una especie de selva tropical –estoy hablando del 900–, sin calles pavimentadas, que en el invierno se llenaban de barro.

En los carnavales me iba por la línea del tren hasta los corsos de Flores. Asistía a los partidos de fútbol, no sé cómo, atravesando todo Buenos Aires a pie.

Después viví en el Barrio de las Ranas, que en un tiempo fue famoso y ahora ha desaparecido. Estaba como al oeste de la Boca. Ahora no podría identificarlo. Además, no había ranas. Cuando fuimos a vivir, ya se las habían comido todas.

Estuve trabajando en un taller como talabartero, porque el amigo de mi madre tenía un taller de talabartería. Mi madre tuvo que ir a Chile, no sé si a ver a mi abuela, y me quedé solo. Yo sé que llegué a esa casa, a esa talabartería, y el hombre me dijo:

–Aquí tenés una pieza y una cama. Vas a comer con nosotros como si fueras de la

familia. Pero como te vas a aburrir si te quedás todo el día en la pieza, si querés te vas al taller y trabajás con nosotros.

Yo le dije que bueno. Me llevaron al taller. Me presentó:

–Este muchacho se llama Manuel Rojas y va a estar con nosotros un tiempo.

En la talabartería había un jefe de taller, un obrero principal, de apellido Bancalari, que era una persona muy bondadosa. Me recibió:

–Bienvenido, che, Manuel, sentate por ahí.

Me dieron los materiales para trabajar y me indicaron cómo se hacía para coser el cuero, cómo se mojaba, cómo se perforaba. Me dieron una lezna. Empecé a ensayar con una rienda, que era lo que se hacía allí, además de otras cosas.

En ese tiempo había salido el tango «La Morocha». Bancalari era un tipo especial. Debía haber sido descendiente de italianos porque era muy rubio; tenía un jopo que le caía sobre la frente y a cada rato se lo echaba para atrás. Le gustaba organizar fiestas, picnics en la isla Maciel, o bailes en las casas de los amigos. Se preocupaba de todo: compraba la carne, convidaba a los músicos. Era muy buena persona.

El patrón me empezó a mandar a dejar los trabajos. Me decía:

–Tomás este tranvía, te bajás en tal parte y entregás este trabajo.

MANUEL ROJAS

Lanchas
en la Bahía

Colección de Autores Chilenos

Esto debía de haber sido por los años 1906 o 7. Estuve en Buenos Aires hasta el año 8 o 9. Cuando volvió mi madre, nos fuimos a Rosario. Después de Rosario, estudié otros dos años. Mi mamá volvió a empobrecer y tuve que trabajar en los talleres del Ferrocarril Central Argentino, como peón, nada más.

Después de un tiempo en Rosario nos volvimos a Buenos Aires y de aquí pasamos a Mendoza. En Mendoza comencé a trabajar en serio. Hice muchos trabajos. Nunca pude, sino después de algunos años, aprender un buen oficio. Siempre trabajaba de pintor, de ayudante de carpintero, en las vendimias o como electricista.

En el año 12 me contraté para ir a trabajar a Las Cuevas en los túneles que allí se estaban haciendo. En Las Cuevas completé, se puede decir, mi desarrollo. Yo era un muchacho muy alto. A los 14 años ya era tan alto como ahora. Parecía hombre. Cuando buscaba trabajo me lo daban porque no se veía que yo era un muchacho. Era negro, con el pelo hasta las cejas –ahora se me ha caído–. Me encontraban «cara de hombre», como se dice en Chile.

Ese trabajo en la cordillera era una cosa durísima. Teníamos que hacer unos agujeros, unos hoyos en el suelo, romper piedras con dinamita y trabajar con barretas. Después poníamos una vigas gruesas y techábamos con calamina, con zinc como le dicen por aquí.



1934, Manuel Rojas y su mujer, María Baeza.

Trabajé desde octubre hasta marzo, cuando cayó la primera nevada y tapó todo. No se veía nada. Tuvimos que irnos. Más abajo de Las Cuevas había una estación llamada Las Leñas. Yo me había hecho amigo del mayordomo de esa estación. Era una estación que servía para aprovisionar de agua a las locomotoras.

El mayordomo, como me vio muy joven, trató de ayudarme. Un día le dije:

–¿Por qué no me contrata para el invierno? Me gustaría pasar un invierno en Las Cuevas.

Me habían contado que caían doce metros de nieve, que todo quedaba tapado y que tenían que abrir túneles por debajo para salir a la línea.

El hombre me contestó:

–Bueno.

Me fui a Mendoza a comprar ropa de invierno –el otro trabajo ya estaba terminado–. Pero se me olvidó pedir un certificado para poder volver a Las Leñas. En Mendoza, después de ver a mi madre, cuando iba a volver me dijeron en el ferrocarril:

–No le podemos dar el pasaje porque usted no tiene ningún justificativo que indique que debe volver para trabajar allí.

Como yo había dejado mi ropa en Las Cuevas, me tuve que volver a pie. Me junté con



1938, Manuel Rojas y sus tres hijos.

dos chilenos que se volvían a su tierra y empezamos a andar una noche como a eso de las ocho. Llegamos a Cacheuta al amanecer. Allí dormimos un poco. Por la tarde seguimos caminando hasta la estación Guido. Estábamos durmiendo cuando llegó un tren de carga. Nos levantamos rápidamente, recogimos todas las pilchas y subimos al tren.

Viajamos toda la noche por ese valle tremendo, helado, con un viento del demonio. Era el principio del otoño. Viajamos hasta una estación que al parecer ha desaparecido: se llamaba Zanjón Colorado. Al llegar, el conductor del tren nos dijo:

–Por favor, bájense porque por aquí hay policías y les puede pasar algo.

Nos fuimos caminando hasta Las Cuevas, hasta el campamento. Allí me encontré con un chileno, mayor que yo, pero que siempre me miraba como a un padre pues yo lo protegía, lo ayudaba. Era un chileno muy débil, con mucha mala suerte. Siempre le pasaban desgracias: se le caían las vigas encima, se caía de la zorra, se rompía los dientes.

Me dijo:

–Me quiero ir a Chile. ¿Por qué no me acompañás?

–Pero ¿qué hago con mi ropa?, le contesté.

–Se la dejás a otro y que te la lleve después.

Había otro chileno, y a él le dejé el colchón y las frazadas.

MANUEL ROJAS

DE LA POESIA

a la

REVOLUCION

edicionesercilla

En ese tiempo la policía argentina de Las Cuevas, a los que pasaban sin pasaporte, sin papeles, los detenía. Nosotros no teníamos papeles de ninguna especie. A los detenidos los hacían trabajar en la comisaría durante una semana. Casi siempre los hacían barrer o limpiar. Después los soltaban.

Para evitar que nos detuvieran, salimos de noche para subir la cordillera. No podíamos pasar por el túnel porque la policía estaba apostada.

Subimos la cuesta. Nos pescó una tormenta de nieve. Dormimos en el Cristo Redentor. Uno de los nuestros se perdió y tuvimos que buscarlo. La tormenta era muy seria, sobre todo por el viento.

Al otro día nos despertamos a las seis, helados de frío, y bajamos corriendo hacia el lado chileno.

Así llegué a Chile. Tenía 16 años.

En Chile encontré a unos amigos que había conocido en la Argentina. Eran unos peluqueros anarquistas que me recibieron en su casa.

Comencé a trabajar de pintor. Me convidaron a pintar en una fábrica de carruajes. Después viajé, me hice de amigos y total que con el tiempo consideré a Chile como mi tierra. La conocía tanto. Tanto la había andado.

En mi novela *Hijo de ladrón* conté –lo hago contar a mi personaje– cómo descubrí que existían los libros, cómo empecé a leer. Después, los amigos me recomendaron otros. Poco a poco fui progresando en el conocimiento de la literatura, pero de una manera inconsciente, casual. Más bien yo buscaba las cosas que las cosas venían a mí.

Cuando tenía cerca de 20 años, conocí a un amigo que se llamaba José Domingo Gómez Rojas. Era estudiante y él fue quien me aconsejó que me dedicara a escribir. A Gómez Rojas, en Chile lo llaman «el mártir del año 20». Ese año murió en una cárcel o en un manicomio. Tuvo un proceso. Se puso insolente con el ministro. El ministro le tomó antipatía y comenzó a perseguirlo hasta que el muchacho murió: era muy débil.

Comencé a escribir poesías y estuve escribiendo poesías varios años. Al mismo tiempo trabajaba y viajaba. Me hice apuntador de teatro, recorrí el sur de Chile dos veces. Al volver de un viaje que hice hasta Tierra del Fuego y Punta Arenas, en Santiago aprendí el oficio de linotipista.

En 1921 volví a la Argentina con una compañía de teatro que debutó –después de estar en San Juan, Mendoza, Córdoba, la provincia de Buenos Aires– en el *Teatro Nuevo* que ahora ya no existe.

Concentrado con elementos de timidez y de vergüenza,
de pasión y de silencio; sobre camuflaje,
a través de rebeltas gangas y de ladrones hábiles,
entre borrachos y trabajadores,
acompañado de curules, ciertos peregrinos por la policía
y de cómicos que morían sin éxito en los hospitales;
listado por lo viento de la cordillera,
suicidas en la cubierta de los vapores
y en los vapores de carga de los trenes ^(males) ~~enterrados~~
con muchos días de soledad y de cansancio,
sin lágrimas, con los zapatos destrozados
por las calles de Santiago o de Buenos Aires;
gemándome la vida y la muerte, a saltos,
como los tahúes o los rufiánes:
cultivando, sin embargo, una gran rosa audiente,
pues aun lleno de fuerza, decidido y resolute,
llegué donde tú me esperabas con tu audiente rosa

No tenía más mi den de haurue,
mi pequeño gracia de naradas
y tus alcepos con haurue.



1940, Manuel Rojas en una excursión a la cordillera.

En Chile ya era conocido como poeta joven. Había logrado hacer un soneto que durante muchos años apareció en todas las antologías de poesía chilena. A mí ya me juzgaban chileno.

En Buenos Aires empecé a escribir cuentos. Una vez estaba sin trabajo, vi que había un concurso. Escribí un cuento, lo mandé al diario *La Mañana* –que lo organizaba– y me saqué un segundo premio. El primero se lo dieron a Elías Castelnuovo. Después encontré trabajo en un diario que no sé si todavía existe: *La Patria degli Italiani*. Allí se hacía el diario yrigoyenista *La Época*. Los talleres estaban en la calle Corrientes. Después me presenté a otro concurso de *Caras y Caretas* y volví a sacarme otro segundo premio.

En 1924 regresé a Chile. Desde 1924 hasta 1958 no volví a la Argentina. Estuve 34 años sin venir a Buenos Aires. Allá me tomó la vida literaria, me casé, tuve hijos, tres hijos, y se inmoviliza mucho a un hombre. Después se murió mi mujer, quedé con tres niños chicos y tuve que trabajar para mantenerlos y educarlos.

Yo fui obrero hasta los 32 años. En 1928, Eduardo Barrios, un novelista chileno, me fue a ver y me dijo:

–Ya está bueno. Es hora de que usted deje de ser obrero. A mí me han nombrado director de la Biblioteca Nacional y le vengo a ofrecer un puesto.

El puesto era bastante miserable. Pagaban 500 pesos. En ese tiempo, para vivir, se necesitaba el doble. Pero lo acepté porque yo escribía en un diario, con eso me redondeaba el sueldo.

Después de la muerte de mi mujer, cuando comenzaba a estar más tranquilo, pensé escribir una novela que recobrará o reprodujera o contara algunas de mis experiencias, del conocimiento que yo había alcanzado de la gente. Estuve pensando cómo hacerlo. Escribí dos trozos que se publicaron en revistas de Santiago. Pero ninguno me gustó. Seguí buscando hasta que, en una ocasión, encontré la entrada del laberinto y me metí. Estuve trabajando cuatro o cinco años. Y le di fin.



1944, Parte del grupo Babel, Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), Manuel Rojas y Sergio Atria.

RECUERDOS DE ROSARIO. Aparece la literatura

(Imágenes de infancia y adolescencia, fragmento)

Había estado en la ciudad de Rosario, de la provincia de Santa Fe, y recordaba su río, aunque una porción muy pequeña que, no sé por qué, ha quedado profundamente grabada en mi memoria: mi padre, llevándome de la mano cuando yo era aún muy niño, paseó una vez conmigo por algún lugar del puerto y sobre un pavimento de gruesos tablones. Afirmados en travesaños y en pilotes de madera y de hierro, dejaban entre sí aberturas que permitían ver, abajo, el bullir y cabrillear de las oscuras aguas del río de Horacio Quiroga, patria de Anaconda. Era todo lo que recordaba.

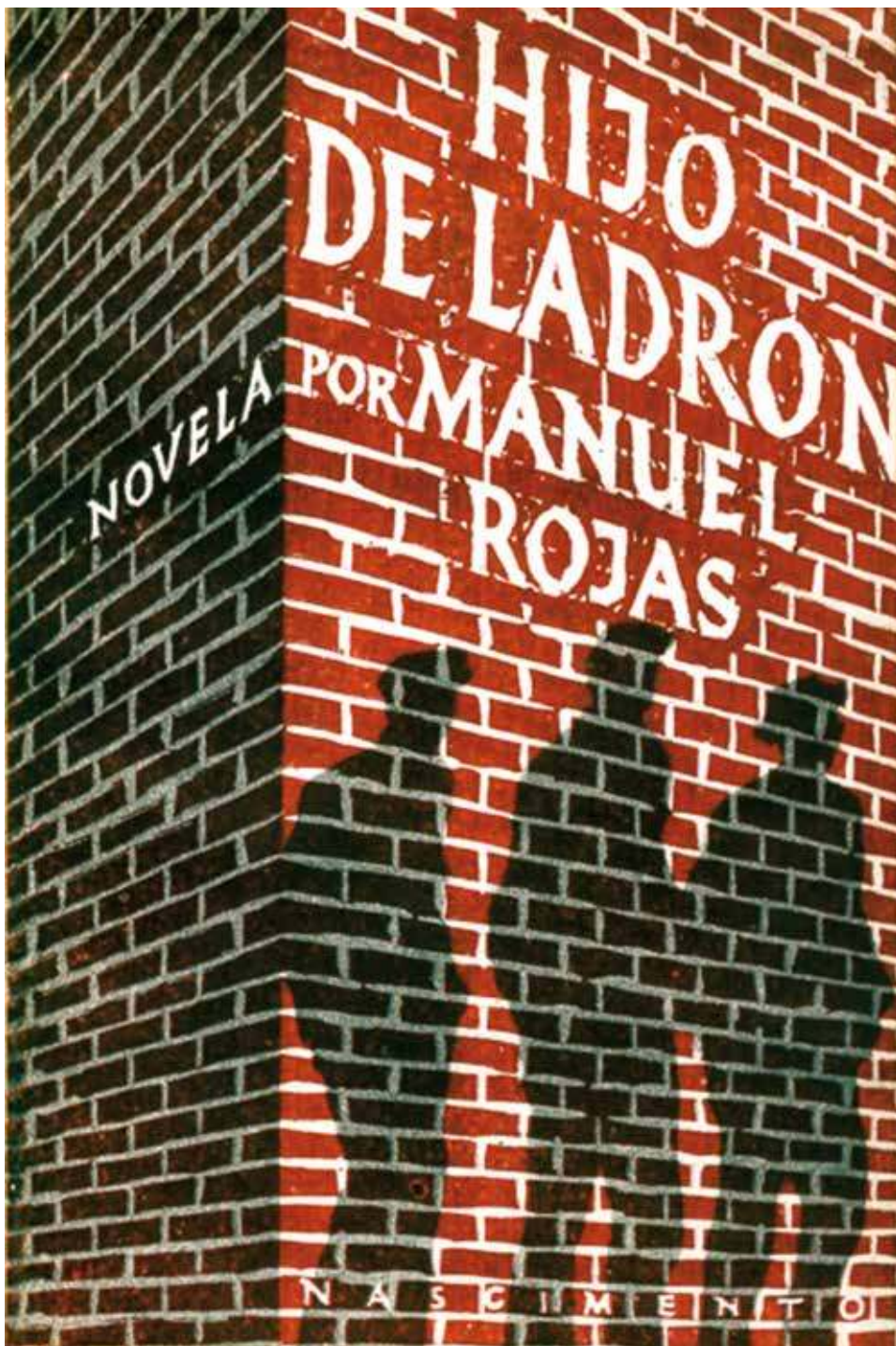
(...) Por esos mismos días, e ignoro por qué, nos cambiamos de casa, yéndonos a vivir a otra que estaba situada en una avenida cuyo nombre no recuerdo; la casa quedaba frente a la Plaza López. El arrendatario principal era un mecánico u hojalatero italiano que trabajaba en su propia casa reparando artefactos de la época, hombre como de cincuenta años, muy robusto y alto, cara rojiza, gran barriga y siempre con una barba de varios días; no recuerdo haberle visto sino en camiseta, una camiseta gruesa de largas mangas. Conversó conmigo y me contó sus viajes y su permanencia en Noruega:

–Hace allá mucho frío –me explicaba en su español macarrónico–, tanto que si usted escupe la saliva se congela en el aire y llega al suelo convertida en hielo.

Su mujer, morena, un poco carcomida por algo, era como la tercera parte de él en lo alto y en lo ancho, muy joven, tal vez con treinta años menos que su marido. A pesar de esa juventud, no parecía feliz con su suerte: el italiano era brusco y le había encajado tres hijos. Un día, sin yo saber por qué, me hizo confidencias:

–Me casé con él nada más porque en mi casa nos moríamos de hambre; él se aprovechó de eso. Yo tenía dieciséis años. ¿Qué iba a hacer?

No supe qué decirle sobre lo que podía haber hecho. Por esos días apareció la literatura, el árbol improductivo de ramaje siempre verde, como la llamó Flaubert. En el trayecto de mi casa al colegio descubrí un día en la mal iluminada vitrina de una librería que vendía libros, serpentinas y artículos de escritorio un libro cuya carátula me atrajo: mostraba a un salvaje semidesnudo que corría y era alcanzado, en plena carrera, por una flecha que le hería por la espalda. ¿Qué significaba eso? En mi casa nunca había visto un libro, excepto aquellos que me servían para los estudios del colegio, geografía, aritmética, historia, etc.; ese libro llevaba el título de *Devastaciones de los piratas* y su autor era Emilio Salgari. Después de mirar mucho esa carátula se me ocurrió que podía comprar ese libro. Entré a la librería y el dependiente español me dijo su precio: veinte centavos. Era una suma casi fabulosa para mí. Mi madre me daba todos los días, al irme al colegio y según cómo estuviera de fondos, una moneda de dos centavos o una de uno, con la cual moneda compraba cigarrillos o dulces. Me propuse economizar algo de la moneda de dos centavos, ya que la otra no se prestaba sino para hacer economías cerradas; o la gastaba o la guardaba, y fumando menos y privándome de golosinas logré reunir la suma necesaria, con la cual en la mano entré a la librería y adquirí el libro. Ya en la calle, y al abrirlo, me enteré de que se trataba de la segunda parte de una novela titulada *Los naufragos del Liguria*, lo que no me desanimó. Leí el libro y empecé a juntar dinero para comprar el primer tomo. Y con eso me metí debajo del árbol, en donde continuó.



1951, Primera edición de *Hijo de ladrón*, con ilustración de Mauricio Amster.

Manuel Rojas

HIJO DE LADRÓN



• 50 •

1958, Primera y única edición de *Hijo de ladrón* en Argentina.

UN ESCRITOR DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Jorge Guerra Carreño

• 51 •

La experiencia me ha ido dando los temas. Escribo sobre lo que conozco, de lo que la vida me ha hecho sentir. Soy un escritor que ha vivido en numerosos ambientes y tuvo la suerte de entrar en la literatura chilena después de conocer mucho de Argentina y Chile...

Manuel Rojas

Cuando, en *Panorama literario de Chile*, Raúl Silva Castro caracterizó la literatura del autor de *Hijo de ladrón* como «fronteriza», pensaba en que su material literario –los hechos, paisajes y personajes que pueblan parte importante de la obra de Manuel Rojas– se situaba en uno y otro lado de la extensa cordillera de los Andes.¹ Aquello le habría permitido ampliar su repertorio de tipos humanos y de temas. No podía ser de otro modo para un chileno nacido en Buenos Aires y que pasara la mayor parte de su infancia y adolescencia en la capital trasandina y en las ciudades de Rosario y Mendoza.

1 Raúl Silva Castro, *Panorama literario de Chile*, Santiago de Chile, Universitaria, 1961, 291.

La idea de frontera sugiere un traspaso o transición, y para la trayectoria literaria de Rojas la relación entre ambos países se asocia también con el paso que dio desde su oficio de poeta al de narrador. Precisamente es en Buenos Aires, en 1922, cuando se decide a incursionar en la narrativa presentando su relato «Laguna» a un concurso del periódico *La Mañana*, promovido por el que a poco andar sería el Grupo de Boedo.² El segundo lugar que obtuvo en esa oportunidad le dio la confianza necesaria, y el relato de aquella aventura cordillerana de su fatal amigo iniciaría su vasta trayectoria como narrador. Rojas repasa de modo muy directo ese tránsito en una entrevista cuarenta años después, y dice: «Escribí poesías, porque un amigo [el poeta José Domingo Gómez Rojas] me animó a que lo hiciera; cuentista, porque quise ganar, estando en muy mala situación económica, un premio en un concurso; novelista, porque ya no podía detenerme».³

Había regresado a su país natal un año antes, como apuntador o consueta de la

2 Elías Castelnuovo, escritor de origen uruguayo que resultó ganador de ese concurso, consideraba a Manuel Rojas uno de los fundadores del Grupo de Boedo junto con Álvaro Yunque, Roberto Mariani y Leónidas Barletta.

3 *El Día*, México D.F., 30 de septiembre de 1962, suplemento *El Gallo Ilustrado*. En *Conversaciones con Manuel Rojas*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 2012, 122.

1957, Manuel Rojas recibiendo el diploma del Premio Nacional de Literatura de Chile.



MANUEL ROJAS
MEJOR
QUE EL VINO

ZACATECAS

• 54 •

1958, Portada de la primera edición de *Mejor que el vino*.

compañía teatral de Arturo Mario y María Padín, y es a su paso por Mendoza donde se verifica un hecho decisivo: la naciente revista *Ideas y Figuras* le dedica casi la totalidad de su tercer número a una colección de nueve poemas suyos, bajo el título de «Poéticas».⁴ De esta publicación quincenal de pequeño formato (14 por 19 centímetros) se alcanzaron a editar trece números, desde julio de 1921 hasta enero de 1922, en un tiraje local que circuló por Mendoza y localidades cercanas. Revisando la única colección existente se constata que el criterio editorial consistía en dedicar cada número a la obra de un solo autor, fueran estos poetas o narradores, entre ellos el poeta mendocino Jaime Tudela, con quien Neruda entablaría una cercana relación epistolar en la década de 1930. En el editorial del primer número se declaraba que el propósito era «desarrollar (...) la cultura literaria de Mendoza que tanto necesita de ambiente para crecer y cumplir su obra de mejoramiento».

Manuel Rojas pasa parte de su juventud en la por entonces pequeña localidad de

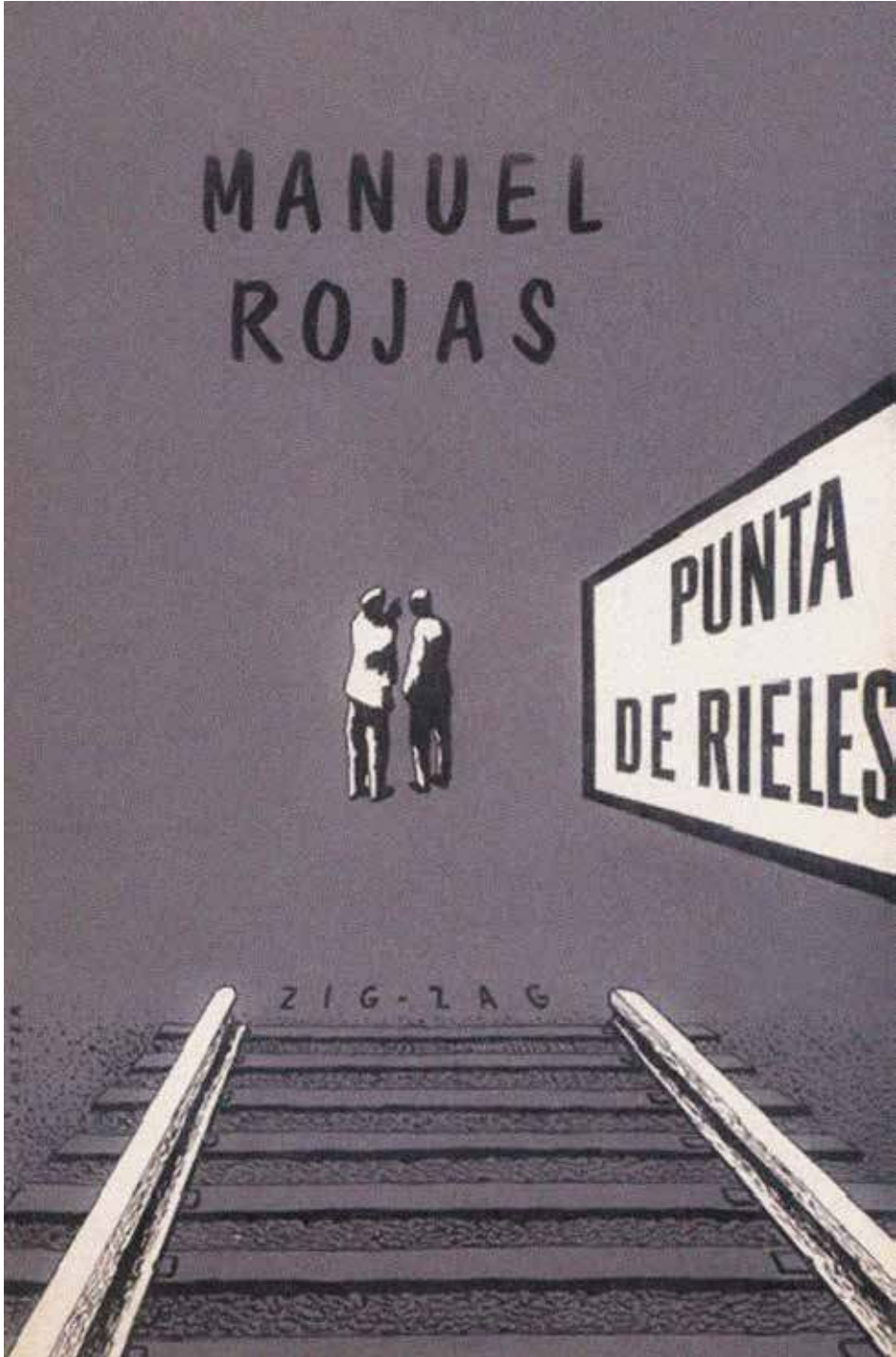
4 La cabecera de esta revista replicaba la de otra publicación literaria que se editara en Buenos Aires entre 1906 y 1912, creada y dirigida por Alberto Ghirardo, destacado poeta, periodista y político anarquista, una de las figuras más activas en los movimientos sociales de comienzos del siglo XX en Argentina. Esa revista era un referente para los intelectuales libertarios, y su homóloga mendocina declaraba en su primer número que «[N]o nos apropiamos del título. Lo cultivamos solamente, por lo que tiene de estimulante y sugestivo» (*Ideas y Figuras* I[1], 1921).

Mendoza («... es una ciudad pequeña... camina usted unas diez cuerdas para allá o para acá y ya está en el campo, rodeado de viñas que en el verano están llenas de frutas...»).⁵ Una vez más con la compañía maternal, había llegado desde Buenos Aires a mediados de 1910, instalándose, como era su costumbre y posibilidad, en un par de habitaciones de una «casa de inquilinato». En la capital cuyana no retoma sus estudios formales que abandonara en Rosario y se dedica en cambio a variadas ocupaciones: ayudante de electricista, vendimiador en las viñas mendocinas y peón en faenas del campo en diversas localidades de la provincia. Todos oficios que lo vinculan con individuos que se ganan la vida como obreros independientes, renuentes a las órdenes de patrones, características favorables para las convicciones libertarias de creciente influencia por aquellos años. Por eso muchos de sus compañeros esporádicos eran anarquistas. Entre ellos el chileno Francisco *Pancho* Cabrera, que se desempeñaba como pintor de casas y de quien Rojas aprende aquel oficio: «... fue el primer hombre con quien llegué a ser amigo y compañero, el primero a quien aprecié y estimé».⁶

A través de Cabrera conoce a numerosos seguidores de la Acracia, entre ellos

5 *Mejor que el vino*, Santiago de Chile, LOM, 2008, 58.

6 *Imágenes de infancia y adolescencia*, Santiago de Chile, Tajamar, 2016, 145.



1960, Portada de la primera edición de *Punta de rieles*.



Manuel Rojas junto a a Julianne Clark y la madre de esta, Alice, en Xochimilco, ciudad de México.

al tipógrafo primero, luego linotipista, Miguel Lauretti, «delgado y escéptico, hijo de inmigrantes venecianos; tenía un hermoso e inteligente rostro, ojos verdes y ondulado cabello rubio», de quien agrega un dato decisivo: «... puso en manos de Aniceto [Hevia] los primeros libros de poesías, descubriéndole un mundo que el hijo de ladrón ni siquiera sospechaba...». ⁷ Un mundo de poetas argentinos y uruguayos: Leopoldo Lugones con una lírica deudora de Darío, Julio Herrera y Reissig transitando del romanticismo a la vanguardia modernista, y Delmira Agustini con sus versos plenos de sensualidad femenina y erotismo. Y también a Víctor Hugo y su *Leyenda de los siglos*, al colombiano José María Vargas Vila y al hispano Eduardo Zamacois. «Descubrí en esos libros algo que ni siquiera había soñado alguna vez (...) Aquello era para mí mucho más grande que cualquier cosa o hecho que hubiese conocido hasta entonces: era como contemplar un misterio cuyos elementos eran imposibles de describir y de explicar... ¿Cuánto había que vivir y trabajar para llegar a eso?». ⁸

La azarosa y esforzada vida de Rojas y su trabajo incansable, esmerado, minucioso

7 *Mejor que el vino*, 66.

8 *Imágenes de infancia y adolescencia*, 152.

y prolijo dieron respuesta a esas preguntas de juventud. Era consciente de la deuda con su compañero mendocino: «Cuando supo que me había convertido en poeta se sorprendió e impresionó mucho. Pensaría, de seguro, que algo le debía a él, y pensaba bien».⁹ Sorpresa e impresión que llevaron a Lauretti a hablar con el periodista Antonio Ferrer, que iniciaba la dirección de la mencionada *Ideas y Figuras*, para proponerle la publicación de todos los poemas que hasta entonces había escrito Manuel Rojas. Y así se hizo en el tercer número, fechado el 30 de julio de 1921. La nota de presentación, firmada por «La Dirección», la escribió el propio Miguel Lauretti, lo que explica los datos vivenciales y precisos que contiene: las charlas en el paseo de la Alameda carolina, junto a la avenida San Martín, datos biográficos como el asalto a la imprenta Numen, del que Rojas fue testigo directo e involuntario ya que se encontraba trabajando como linotipista esa noche, su colaboración con el periódico anarquista *La Batalla* (como redactor y no director como se indica),¹⁰ y la enumeración de publicaciones en que figuraban poemas de su compañero. Como en la revista *Juventud*, de la Federación de

9 *Antología autobiográfica*, Santiago de Chile, LOM, 2008, 213.

10 Ver *Un joven en La Batalla. Textos publicados en el periódico La Batalla, 1912-1915*. Compilación y estudio de Jorge Guerra Carreño, Santiago de Chile, LOM, 2012.

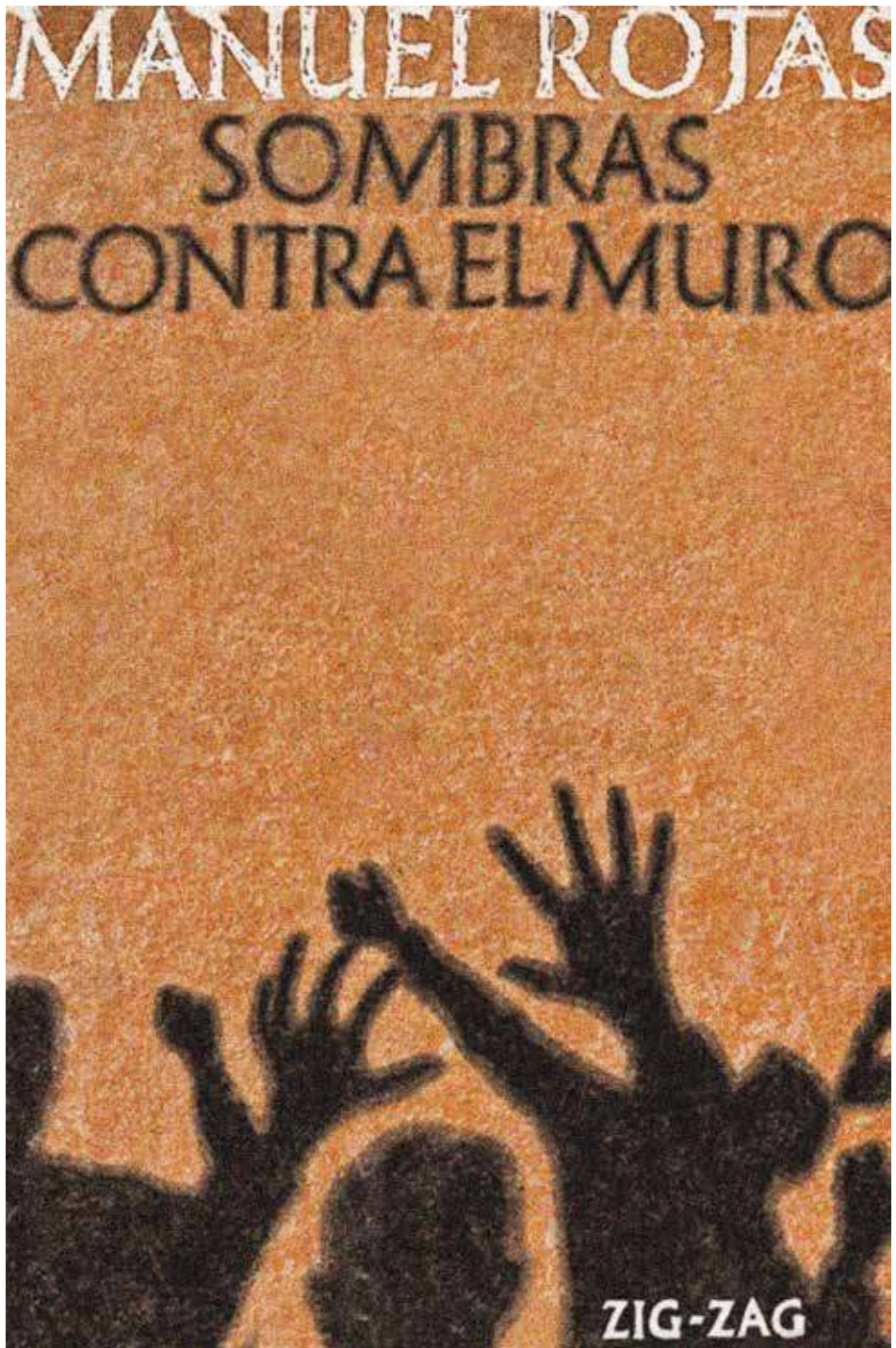
Estudiantes de Chile, en la que aparecen «Abs» y «Palabras a mi corazón», y que a pie de página incluye el comentario de un joven Neruda: «Noble serenidad del verso de Manuel Rojas. Parece que brotara del fondo mismo de un alma macerada en la belleza, sabia en expresar, de sí misma, un divino y puro licor de poesía».¹¹

Poco sabemos de la corta existencia del tipógrafo Lauretti. Que nació en 1892 y murió con 42 años en 1934, y que desde el anarquismo transitó a la masonería. Casado, al parecer habría tenido un hijo. Eso es todo. Muy poco sobre quien le abriera el horizonte literario a un joven amigo que llegaría a convertirse en una de las más grandes figuras de la narrativa chilena y latinoamericana; «el más grande novelista de este siglo»,¹² como dijo sin titubeos Carlos Droguett.

Después de trabajar como obrero para el Ferrocarril Trasandino en la alta cordillera, Manuel Rojas deja Mendoza en 1912.

11 *Juventud*, III (15), Santiago de Chile, 1921, 264-266.

12 Carlos Droguett, «Laguna atravesó otra vez la cordillera». En *Escrito en el aire*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972, 27.



1964, Manuel Rojas junto a Hernán San Martín, Pablo Neruda, Fernando Alegría y Gonzalo Rojas, reunidos con ocasión de un congreso de escritores en Concepción, Chile.



LAGUNA ATRAVESÓ OTRA VEZ LA CORDILLERA

Carlos Droguett

Buenos Aires, 26 de enero de 1971

• 63 •

La ley es un perro que muerde al mal vestido. Esta sentencia inolvidable e inmovible parece presidir toda la obra literaria de Manuel Rojas, el más grande novelista chileno de este siglo, aunque él opine otra cosa.

Sin ella, sin la traba y la injusticia y el odio que supone siempre la ley, él, tal vez, no habría escrito y sus manos y sus recuerdos habrían, seguramente, buscado otros materiales para darles forma y transformarlos en utilidad duradera. Esa habilidad artesanal, esa tranquilidad suficiente que emana de los ojos y de las palabras de Manuel Rojas, se apoderan del lenguaje, más bien del tema, y él la va aplicando con suavidad, aunque no con dulzura, al cuerpo y al alma de sus personajes, y entonces, después de un lento trabajo invisible, a veces demasiado palpable, aparece el hombre que viene saliendo de adentro de la ley, mordido y golpeado por ella, a veces algo desangrado y paralizado, pero nunca amargo, nunca tragando ansias, como dicen los mexicanos.

Los personajes de Manuel Rojas son como él, desde muy lejos callados, y esencialmente solitarios, con destino de solitarios, con vocación de soledad y este modo de ser o de transformarse, o de ser transformados involuntariamente por la vida, por las injusticias, por los sufrimientos, no parece herirlos o conmoverlos, ya que no se quejan y, sobre todo, no hablan mucho de sus indelebles heridas. Cualquiera de sus pobres



1966, Manuel Rojas y Julianne Clark visitando al escritor ruso Nikolas Tarnowsky cerca de Kiev, Unión Soviética.

héroes puede estarse, sin embargo, toda una jornada contando sus penurias, como el protagonista que se empleó de cómico en un circo sin tener mayores condiciones histriónicas, fuera del histrionismo que otorga esa costumbre que es el sufrimiento finalmente, o como el protagonista de *Punta de rieles* puede hablar todo el tiempo, con relativa y detallada frialdad, como si él fuera exterior a esa terrible historia.

Puede que no hagan otra cosa que hablar y, sin embargo, dan ellos una sensación total e irreversible de laconismo, de tipos penosamente mudos y silenciosos que parecen de repente estar haciendo un simple primer informe de sus desventuras, parecen los actuarios de sus propios sufrimientos, sin agregar nada más, sólo el sufrimiento, sólo la desgracia, pero no el comentario de la desgracia. Y es así, con esa técnica palpitante que no ingresa a las tesis ni a la historia y que casi siempre, por supuesto, no le interesa tampoco a éstas, obras maestras como «El vaso de leche» o «Laguna» aparecen simples y desnudas, puras y despojadas, como sus temas y sus personajes. Al leer esa aparente delgadez se diría que la maldad o la mala suerte no tienen imaginación. Es una literatura que está más allá de la literatura, pero no más allá de la vida, es sólo la vida, la escueta vida contada, no para olvidarla, ni para vengarse ni para sacar tajadas de filosofía, no, tal vez sólo para descansar, para sacar un poco la respiración hasta la

próxima etapa, hasta el otro sufrimiento, hasta la próxima ineludible experiencia y ese hallazgo pasajero de la aventura, de la risa, del amor, del ensueño y la imaginación evocadora junto a tanta desgracia y tanta soledad.

Piedad, ternura, amor a la humanidad, amor al sufrimiento y al ser que lo segrega, el pobre, el postergado, el perseguido, el humillado, el miserable, el miserable de cuerpo y de alma, el ser que tiene hambre física y metafísica, son las características de este escritor enorme que ha recorrido a pie el sufrimiento de Chile y de toda América y de gran parte del mundo viejo, que ha conocido las injusticias y los vejámenes que sufren los negros, los mexicanos, los haitianos, los portorriqueños en el corazón de la urbe neoyorquina, en los conventillos verticales de la Calle 42, y ha constatado que es siempre la misma enfermedad, la misma terrible realidad que, recién ahora, en estas inolvidables décadas, primero en Cuba, después en Chile, va a ser derruida y desterrada para siempre.

(...)

Mientras lo recordamos y caminamos por Corrientes de regreso al hotel, le digo de repente a mi mujer, ¿Te das cuenta?, Laguna está otra vez en Buenos Aires.

El vagabundo chileno, el esmirriado y poquita cosa de hombre, que sufría y no se

quejaba, que atravesó a pie la cordillera y desapareció en ella, ha resucitado y está en todas partes, en estas plazas y estas vitrinas que fueron testigos de su soledad tan humilde. Va a ser medianoche y en medio de este calor húmedo lo hemos visto en las librerías de Corrientes y de Suipacha y nos hemos sonreído de cómplice entusiasmo. Sí, él y el marinero hambriento y el cómico fracasado y el ladrón fracasado están aquí otra vez, en este nocturno país de sus desventuras, en las mismas calles que recorriera Manuel cuando era joven y desconocido y, como Laguna, a veces ansioso y hambriento, lleno de fuerza y de contenida elocuencia, esa elocuencia tan conocida y tan cabal que se va acumulando sin darse uno cuenta. Alzaba a veces la cabeza y oteaba en el desteñido horizonte, buscando la cordillera, buscando también a Laguna, que ahora está aquí a nuestro lado, callado y deseoso de irse a dormir, pues hace calor y hay humedad y mucha luz difusa y expectante ahí en el obelisco, como si algo malo fuera a pasar, pero no es nada, Laguna, no pasa nada, es sólo la vida que te llena y te atraviesa y te deja con los labios entreabiertos soñando más lejos, como si tuviera sed y hambre desesperada, como el joven marinero desesperado, mientras la vida le grita comedita e indiferente: Hello! What?, como testifica textualmente su desgracia.

Dos tipos que sufrieron callados, dos tipos que se perdieron callados en cualquier



1971, Manuel Rojas
revisando un escrito
para el Concurso de
Novela Casa de las
Américas, La Habana.



1966, Juan García Ponce, Mario Benedetti, Manuel Rojas y Alejo Carpentier, jurados del premio de novela Casa de las Américas, La Habana.

esquina de la vida, pero que encontramos otra vez aquí, esta noche también de tránsito para nosotros, al atravesar la calle para entrar al hotel. Se me ocurre de repente que van del brazo, un tanto embriagados por el sufrimiento o por el estupor de estar otra vez vivos en estas calles empapadas y resbalosas, en la humedad del verano sucio. Me habría gustado conversar con ellos, caminar mañana por la mañana los barrios asoleados en que ellos y Manuel pasaron su infancia, su juventud, su temprana soledad, en que empezaron a oler la terrible vida, como después la ley, ese perro con collar exclusivo y excluyente que los olía a ellos y a sus harapos antes de morderlos, pero tenemos pocas horas, como el marinero, como Laguna, como ellos también tenemos que irnos. En la esquina de Cerrito y Corrientes los miramos atravesar la calle en nuestro persistente recuerdo. Sí, van hacia la diagonal Sáenz Peña en busca de algún tugurio barato, de algún vino barato, de algunas piernas baratas, entre los dos juntarán más monedas de esperanza que de desesperación y desde ahí olerán el río y el mar abierto. Por eso se mantienen vivos y, en verdad, se mueren, se van, desaparecen, para aparecer resucitados allá o aquí, en todas partes, pues por algo son los testigos eternos del desamparo, pero también del ensueño y la ilusión y todavía recuerdo mis lágrimas de niño cuando leía la sencilla historia del marinero que tenía hambre, después leía la

Editorial Sudamericana

MANUEL ROJAS

La oscura vida radiante



historia de ese otro conmovedor y digno hambriento que es el protagonista de Knut Hamsun, y en la memoria, en el recuerdo, en la pena y la simpatía, y también en la soterrada y futura experiencia técnica, los transformé a ambos en un solo arrebatado protagonista, en una sola e inevitable necesidad y todavía pienso en ellos como tema de probable tesis y de necesario dolor.

Porque el vaso de leche se mantiene puro e inagotable y siempre lleno, siempre dispuesto a nutrir la imaginación y la acción de las nuevas generaciones que sufren y que sueñan, es piedra de toque, pieza ejemplar y fundamental, es un fácil símbolo y una enseñanza, incluso, como creo haberlo dicho, una enseñanza estética. Todo es esta minúscula e insignificante vasija, esta frágil y quebradiza gruta a la que han de ir en peregrinación, aunque no quieran, todos los que en este país y en otros países vagan en busca de la belleza y de la bondad y la justicia a través de la belleza.

Por lo demás, y ya lo hemos dicho también o insinuado, no es este cuento maestro en la literatura española de este siglo el único que nos muestra la capacidad de Manuel Rojas para captar en su tremenda sencillez, en su pavorosa e increíble sencillez, este milagro monstruoso que es el sufrimiento. Pero, como sus protagonistas atónitos ante lo irreparable, el autor cree en la vida, cree en la bondad y en la verdad definitiva de la vida, que el hombre la ha maleado y sigue maleando es otra cosa.



1973, Manuel Rojas firmando sus libros a estudiantes de Santiago, Chile.

1896 NACE EN BUENOS AIRES

«Es un barrio proletario, un poco abandonado, como todo lo proletario. En el momento de mi nacimiento vivían allí una pareja de italianos que me sirvieron de padrinos; no los conocí»



Hijo de Manuel Rojas Córdoba (1863-1902), santiaguino, y Dorotea Sepúlveda González (1856-1929), talquina, nace el miércoles 8 de enero en su casa, en el número 1678 de la calle Combate de los Pozos, ubicada en el barrio Patricios, al sur de Buenos Aires.

1900 LLEGA POR PRIMERA VEZ A CHILE

«En Santiago mis padres instalaron, en una de las esquinas de las calles Coquimbo y Nataniel, un almacén desde cuyas puertas podían verse los árboles del Parque Cousiño, a unas cuadras de distancia»

Junto a sus padres, Manuel Rojas cruza la cordillera de los Andes por primera vez. En Santiago viven en una casa ubicada al sur de la Alameda, donde instalan un negocio. Un par de años después muere su padre y su madre decide volver con él a Argentina.



1906-1908 TRAS SU REGRESO A BUENOS AIRES VIVE EN LOS BARRIOS BOEDO, CABALLITO, FLORES Y DE LAS RANAS



«La calle era nuestra (...) En los atardeceres, en la acera sur, entre Boedo y Colombres, nos reuníamos veinte o más niños y tomados de los brazos, formando una hilera que iba desde la pared hasta la orilla de la calzada, paseábamos de esquina a esquina, cantando canciones de la época»

En Buenos Aires la madre trabaja como comerciante libre y Manuel va a la escuela y trabaja en un taller de talabartería, entre otras actividades.

• 75 •

1908 -1910 LLEGA A ROSARIO

«En mi casa nunca había visto un libro, excepto aquellos que me servían para los estudios del colegio... Entré a la librería y el dependiente español me dijo su precio: veinte centavos. Era una suma casi fabulosa para mí...»

En la ciudad de Rosario asiste a sus últimos años de educación formal, que abandonará a los catorce años. Descubre la atracción por los libros que lo marcará de por vida. Compra uno por primera vez: *Devastaciones de los piratas*, de Emilio Salgari.

1910-1912 LLEGA A MENDOZA DESDE ROSARIO

«Llegamos a Mendoza, después de una breve permanencia en Buenos Aires, en el invierno de 1910. Inconscientemente, mi madre se acercaba a Chile, yo con ella»



En Mendoza realiza diversos trabajos en la ciudad y en el campo: ayudante de electricista, pintor de muros, peón en la vendimia, entre otros.

• 76 •

1912 LLEGA A CHILE LUEGO DE ATRAVESAR LA CORDILLERA A PIE INICIA SU COLABORACIÓN CON PERIÓDICOS ANARQUISTAS



«Fue una noche espantosa. A medida que ascendíamos el aire se fue helando más y más. Y no sólo el aire sino todo, y, tomados de los fierros, de pie en las escalerillas de los vagones (...) experimentábamos de pronto oleadas de rabia contra todo, aunque eso no mejorase nada nuestro estado y condición: sólo nos desahogaba, nos daba una especie de calor»

Inicia una caminata desde Mendoza, cruza la cordillera a pie por el paso



La Cumbre y tras cinco días llega a Santiago el 28 de abril. En noviembre comienza a colaborar en el periódico anarquista *La Batalla* y luego es nombrado corresponsal de *La Protesta* de Buenos Aires.

«No sabía gran cosa de anarquismo y mi credo revolucionario se reducía a algunas consignas o slogans (...) pero la idea de pertenecer a una redacción –en donde no sabía qué iba a escribir– me fascinó»

Llega en busca de alojamiento a la pieza de un conventillo ubicado en el barrio Mapocho. Ahí viven y ofician de peluqueros Teodoro Brown y Víctor Garrido, a quienes había conocido en Mendoza a fines de 1911.

1921 VIAJA CON UNA COMPAÑÍA DE TEATRO AL SUR DE CHILE Y LUEGO A ARGENTINA. EN MENDOZA PUBLICA «POÉTICAS»

«Quise irme con mi madre, pero se negó a ir, cosa que me extrañó... ¿Qué vas a hacer a la Argentina?, me preguntó ahora. La verdad es que no sabía sino que ganaba mi pan en el teatro, que la compañía en la que trabajaba se iba a la Argentina y que tenía que irme con ella. Me fui»

A su paso por Mendoza publica por primera vez un texto literario: un conjunto de nueve poemas bajo el título de «Poéticas» en un número monográfico de la revista *Ideas y Figuras* de esa ciudad.

1922-1923 SU CUENTO «LAGUNA» ES PREMIADO EN BUENOS AIRES

«Allí me quedé, en mi ciudad nativa, con una mujer nueva, la primera de ellas, y sin trabajo. Era el mes de febrero. Un amigo (...) me buscó un refugio en casa de un anarquista...»



Participa en un concurso del periódico *La Montaña* de Buenos Aires y obtiene el segundo lugar bajo el seudónimo «Diez». El primer lugar lo obtiene Elías Castelnuovo, uno de los fundadores del Grupo Boedo.

• 78 •

1926 SE PUBLICA *HOMBRES DEL SUR*, SU PRIMERA COLECCIÓN DE CUENTOS

«Seguí escribiendo poesías y cuentos hasta bastantes años después, hasta el momento en que la novela me atrajo de una vez y para siempre. Escribí alrededor de treinta cuentos y los escribí en el espacio de tiempo que media entre 1923 y 1934, once años»

La editorial chilena Nascimento publica *Hombres del sur*, que reúne cinco relatos: «Laguna», «Un espíritu inquieto», «El cachorro», «El bonete maulino» y «El hombre de los ojos azules».



1927 SE PUBLICA *TONADA DEL TRANSEÚNTE*, SU PRIMERA COLECCIÓN DE POEMAS



«... se puede afirmar que la poesía está fuera del conocimiento inmediato y por encima de la inteligencia y de la voluntad del hombre, dentro del cual obra a veces como el viento en la flauta, llenándolo de su fluido sin que lo advierta, hasta que, colmándolo, provoca la obra poética»

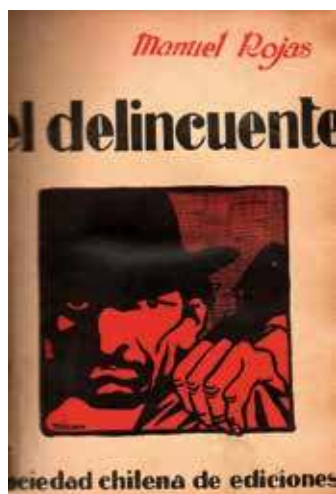
La editorial Nascimento publica su primer poemario, que reúne diecisiete poemas.

• 79 •

1929 MUERE SU MADRE Y NACE MARÍA EUGENIA, SU PRIMERA HIJA. SE PUBLICA LA COLECCIÓN DE CUENTOS *EL DELINCUENTE*

«Para mí no había nada más puro, más claro y al mismo tiempo más fuerte y hondo, que la imagen visual mental que yo tenía de mi madre (...) Esa imagen me da la sensación que yo guardo de ella y de lo que en ella como ser humano amaba: los movimientos, su color, su vida, su espíritu, en fin»

- Se publica *El delincuente*, colección de nueve cuentos galardonada con los premios Marcial-Martínez de la Universidad de Chile y Atenea de la Universidad de Concepción.



- Muere su madre, Dorotea Sepúlveda González.
- Nace su hija María Eugenia. Luego vendrán Patricio (1930) y María Paz (1932).

1932 SE PUBLICA *LANCHAS EN LA BAHÍA*, SU PRIMERA NOVELA

«Escribí la novela, con una especie de encarnizamiento, muy rápidamente y con aprovechamiento de cuanto tiempo pequeño o largo tuve; pensaba, además, que si lo hacía así lograría mantener la tensión que deseaba»

Lanchas en la bahía, su primera novela, es una historia autobiográfica en la que se vale de recursos literarios como el monólogo interior, que perfeccionará en sus obras posteriores.

1936 MUERE SU MUJER, MARÍA BAEZA

«Si ella pudiese hablar, o, por lo menos, hacerle sentir que está en alguna parte, no definitivamente muerta, sino viva en cualquier forma, se sentiría menos afligido, (...) y de pronto el aire se llena con los compases del concierto para dos violines, de Bach, y Aniceto siente que su llanto no es ya un llanto: es un río de congoja que fluye en la oscuridad y en cuyas aguas parecen flotar la casa, sus tres hijos dormidos y el cuerpo de su mujer»

Es elegido presidente de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).

Se publica en forma íntegra *La ciudad de los Césares*.

1938 PUBLICA SU RECOPIACIÓN DE ENSAYOS *DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN*

La editorial Ercilla, en la cual colabora como traductor, reúne temáticamente doce de sus ensayos publicados en la revista *Atenea* de la Universidad de Concepción.

1940 CONTINÚA CON SU TRABAJO DE CRONISTA PUBLICA EL POEMA «DESHECHA ROSA»

«... son temas que pueden inspirar, a un niño o a un adolescente, el deseo de caminar su tierra y conocerla con detención, conocer las cosas, los seres y los hechos pequeños, y porque representan un hábito mío y quizá de otros: el de pensar y sentir mientras hago algo, en este caso, caminar por las montañas y las playas»

Continúa con su trabajo de cronista colaborando en diversos periódicos y revistas. Aquellos textos sobre sus expediciones y paseos a la cordillera y distintas localidades de Chile serán reunidos en 1967 en *A pie por Chile*.

El poema «Deshecha rosa», dedicado a su mujer, aparece en el número 14 de la revista *Babel*.

1944 INTEGRA EL COMITÉ EDITORIAL DE LA REVISTA *BABEL*

«[Un grupo literario] es una hermosa forma de sociabilidad, una sociabilidad espiritual que muy rara vez se produce a lo largo de la historia de una generación y de un individuo. Aquel escritor que haya formado parte, siendo joven o viejo, de un grupo literario guardará

siempre agradables recuerdos y los guardará a pesar de las discusiones y molestias que haya tenido con sus amigos y compañeros»

Participa del comité editorial de la revista *Babel*, bajo la dirección de Enrique Espinoza, junto a José Santos González Vera, Laín Diez, Luis Franco y Mauricio Amster, editor y diseñador, quien aparece como «gerente» de la revista.

1951 SE PUBLICA HIJO DE LADRÓN

«Durante varios años trabajé, sin darme prisa, en esta novela. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehíce e hice, armé y desarmé. Escribí en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Leng –en Isla Negra–, en donde pude (...) Y aquí debo confesar que el resultado no fue exactamente lo que yo quería, no en el sentido de la historia, que era la que me había trazado, más o menos, desde el principio, sino en la expresión»



La editorial Nascimento publica la novela *Hijo de ladrón*, cuyo título original era «Tiempo irremediable».

1957 SE LE OTORGA EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

«No me tracé ninguna línea. Tenía deseos de escribir y me he dejado llevar por mí mismo, mejorando cada día, leyendo a otros autores, es decir, queriendo ser mejor...»

El 14 de junio obtiene el Premio Nacional de Literatura, otorgado por un jurado integrado por Juan Gómez Millas, rector de la Universidad de Chile; Ricardo Latcham, en representación de la Sociedad de Escritores de Chile, y el escritor Carlos Préndez Saldías en representación del Ministerio de Educación.



1958 SE PUBLICA MEJOR QUE EL VINO

«Había tenido, como muchos hombres, una experiencia sexual y amorosa, agradable a veces, desagradable otras, y tenía, además, un carácter sexual y amoroso así o así. No se trataba (...) de que todo girara en torno a mis agrados o desagradados, no; junto a esa experiencia había algo más, no solo personas y hechos sino ambientes y pensamientos y sentimientos propios y ajenos y me parecía dejar constancia de todo»

Aparece la segunda novela protagonizada por Aniceto Hevia, alter ego literario de Manuel Rojas. Corresponde al último periodo cronológico de la tetralogía iniciada por *Hijo de ladrón*.

1960 SE PUBLICA PUNTA DE RIELES

«La tarea parecía fácil: una vez habla uno y otra vez recuerda el otro, pero ¿qué dice el uno, qué recuerda el otro? Tenía que crear todo lo que hay detrás y al lado de los dos personajes, inventar ambientes, familias... desemejante todo para cada uno, casi opuesto, como seres pertenecientes a mundos distintos y unidos solo por el dolor de una vida hecha polvo»

Durante los meses de invierno reside en Buenos Aires, en el barrio San Telmo, donde termina su novela *Punta de rieles*, que se publica ese mismo año. El tema esta vez no es autobiográfico, como en la mayor parte de su obra novelística.



Viaja a Caracas a dictar clases en la Universidad Central de Venezuela, la que publica sus cursos de redacción y estilo con el título de *Apuntes sobre la expresión escrita*.

1962 VIAJE Y ESTADÍA EN MÉXICO

«A los mexicanos los conocimos solo de pasada, hoy sí, mañana no, nos vemos, y nada más; no lo lamentamos; nuestra intención era recoger las esencias de México, las que podíamos recoger (...) hay esencias que hieren, pero no podíamos exigir que todas fueran suaves, resuaves, como diría un mexicano, y todas juntas (...) nos dieron el tono sensible del país, tono que para mí es más importante que la producción petrolera o la política interna»

Luego de dictar un curso de literatura hispanoamericana en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) viaja a México acompañado de su novia, Julianne Clark, con quien se casará en Ciudad Juárez el 4 de agosto.



La Universidad Autónoma de México (UNAM) le encarga diversos trabajos sobre la literatura chilena y latinoamericana. Para la misma universidad graba una lectura de fragmentos de *Hijo de ladrón* que más tarde se edita en un disco de la serie Voz Viva de América Latina de la UNAM.

1964 SE PUBLICA SOMBRAS CONTRA EL MURO

«... había decidido escribir tres novelas, una que tomara la vida de Aniceto Hevia desde su infancia hasta los dieciséis o dieciocho años [Hijo de ladrón], otra que llegara hasta los veinticinco, y una última, que cubriera hasta los treinta y tantos. La segunda se desarrollaría entre 1913 a 1921 [Sombras contra el muro]. Quería (...) describir la vida de Aniceto Hevia, hijo: su infancia y adolescencia, su formación intelectual, económica y política y su experiencia amorosa [Mejor que el vino]»



Se publica la tercera novela de su tetralogía fundamental.



1966 VIAJA A LA CONFERENCIA TRICONTINENTAL EN CUBA Y LUEGO A LA UNIÓN SOVIÉTICA

«La Tricontinental ha sido para mí y mi mujer una experiencia impagable, no solo porque hemos visto los más exóticos y extraños seres (...) sino también porque nos demostró la enorme cantidad de personas que existen en el mundo en actitud combatiente»

Integrando el grupo de intelectuales de izquierda de Chile viaja a Cuba y asiste a la Conferencia Tricontinental. La delegación es encabezada por Salvador Allende. En La Habana forma parte del jurado del importante premio literario Casa de Las Américas.

1971 RESIDE SEIS MESES EN CUBA. EN ARGENTINA PUBLICA SU ÚLTIMA NOVELA, *LA OSCURA VIDA RADIANTE*

«Me interesan muchos aspectos de la Revolución Cubana, pero el que más quiero es el trabajo, porque yo soy un hombre trabajador, un hombre que fui obrero, y entonces las actividades del trabajo, el entusiasmo con que se trabaja, cosa que no se ve en ningún otro país –excepto tal vez en algún país socialista– es lo que me gusta más, me atrae más»

A mediados de enero viaja nuevamente a Cuba, invitado por Casa de Las Américas, y allí comparte con otros escritores chilenos como Francisco Coloane y Antonio Skármeta y latinoamericanos como Mario Benedetti y Alejo Carpentier. Permanece en la isla más de seis meses.

Se publica, en Argentina, *La oscura vida radiante*, que completa la tetralogía que iniciara con *Hijo de ladrón*.

Ya en Chile prepara una edición de sus obras completas, de la que la editorial española Aguilar alcanzará a publicar sólo un tomo en 1973, con el título de *Obras*.

• 87 •

1973 MUERE EN SANTIAGO

«He recibido de todo, de lo que hablo y de lo que no hablo, un sabor, un olor, un tono, un sentido de la cualidad de la vida que no podría ni querría cambiar por nada, ni por la juventud, ni por la fortuna, ni por la gloria...»

El 11 de marzo, víctima de un cáncer gástrico, muere en la casa de su hija Paz. A sus funerales asiste el Presidente Salvador Allende y se le rinde un homenaje en el Congreso.

ORGANIZAN

Dirección de Asuntos Culturales (Dirac)
del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile
Embajada de Chile en Argentina
Consulado General de Chile en Rosario
Consulado General de Chile en Mendoza
Fundación Manuel Rojas

PATROCINAN

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

Heraldo Muñoz Valenzuela
Ministro

Edgardo Riveros Marín
Subsecretario

Patricio Powell Osorio
Embajador
Director de Asuntos Culturales (Dirac)

Alejandra Chacoff Ricci
Encargada del Área de Literatura y Patrimonio
Dirección de Asuntos Culturales (Dirac)

Manuel José Viera-Gallo Quesney
Embajador de Chile en Argentina

Marcelo Flores Aliaga
Cónsul General de Chile en Rosario

Juan Pino Vásquez
Cónsul General de Chile en Mendoza

María José Fontecilla Waugh
Agregada Cultural de Chile en Argentina
Directora Centro Cultural Matta, Buenos Aires

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Ernesto Ottone Ramírez
Ministro Presidente

Fundación Manuel Rojas

Jorge Guerra Carreño
Presidente

EXHIBICIÓN

Coordinación General:
Alejandra Chacoff Ricci

Fundación Manuel Rojas
Jorge Guerra Carreño

CATÁLOGO

Edición y textos principales:
Andrea Palet Araneda
Jorge Guerra Carreño

Texto de César Aira,
gentileza de Editorial Tajamar

Diseño gráfico
Rodrigo Garretón Béeche
Dirección de Asuntos Culturales (Dirac)

EXPOSICIÓN

Concepto General
Dos G Arquitectura

Diseño gráfico
Mariluz Soto H. - Concepto
Natalia Soto H. - Producción

Investigación de textos
Juan José Adriasola V.
y Jorge Guerra C.

Recopilación de imágenes
Carolina Ruiz M., Javiere Vilugrón I.
y Daniel Muñoz R.

Construcción de soportes
Paola Müller C.
Carlos Acuña M.

Prohibida toda forma de reproducción
total o parcial de este libro por cualquier
medio sin permiso de los editores.
Santiago, Chile

ISBN: 978-956-7582-19-8

© Fundación Manuel Rojas, Imágenes y textos

Impresión:

Papel tapa
Novatech Gloss, 350 grs.

Papel interior:

Novatech Gloss 200 grs.

Familia tipográfica:

Helvetica (Light, Light Oblique, Regular y Bold)

Tiraje: 1.000.-

2016 Alvimpress Impresores

AGRADECIMIENTOS

Dirección de Bibliotecas,
Archivos y Museos DIBAM
Biblioteca Nacional de Chile
Sucesión Manuel Rojas Sepúlveda
RUMASAL Ind. Maderera
LOM Ediciones

• 91 •

